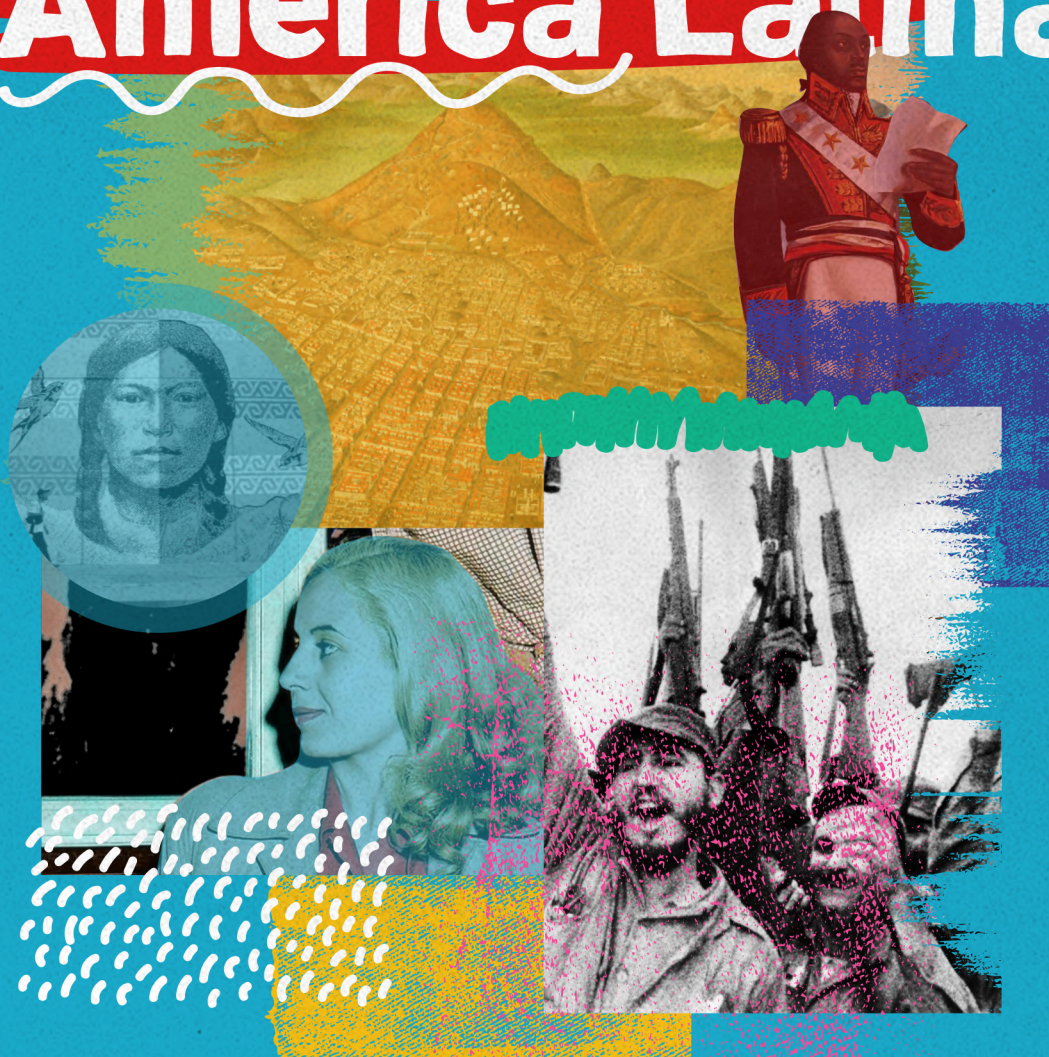


Pasado y presente en **América Latina**



**Aportes para la comprensión de los
procesos históricos en la región.**

Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC

Pasado y presente en América Latina

Aportes para la comprensión de los procesos históricos en la región.

Pasado y presente en América Latina. Aportes para la comprensión de los procesos históricos en la región. / Javier Moyano... [et. al.]
Compilación de Julieta Almada; Javier Moyano. - 1er ed. -
Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba,
Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF
Archivo digital: descarga y on-line
ISBN 978-950-33-1655-9

1. Historia. 2. América Latina. 3. Política. I. Moyano,
Javier II. Almada, Julieta, comp. III. Moyano, Javier,
comp.

CDD 301

Revisión de contenido

Javier Moyano y Julieta Almada

Corrección y revisión de textos

Javier Moyano, Julieta Almada y Carys Alfonzo

Diseño y diagramación

Carys Alfonzo

Diseño de tapa

Carys Alfonzo

Licencia

Creative Commons - Atribución-No comercial- Sin obras derivadas
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



Pasado y presente en América Latina

**Aportes para la comprensión de los
procesos históricos en la región.**

Javier Moyano y Julieta A. Almada (Comps.)

Nicolás Daniele | Ana Nicotra | Guadalupe Yriart Daghero
Micaela Sánchez | Micaela González Valdés | Isabel Naranjo
Fernanda Molina | Ulises Tarquino | Gonzalo Cámara
Paula García Schneider | Sofía Arrieta | María Gabriela Rho
Malena Rodríguez Mutis | Carys Alfonzo | Gonzalo Ghiggino
Mauro Berengan

Índice

7 | **Presentación.**

9 | **Primera parte: Elementos generales de los procesos históricos latinoamericanos.**

10 | **Historia de América Latina: consideraciones generales y condicionantes geográficos.**

12 | **La ocupación europea de América: sus relaciones con la historia mundial y la conformación de las estructuras internas.**

14 | **Grupos dominantes, grupos subordinados y autoridades metropolitanas en la etapa colonial.**

16 | **Las causas de la independencia.**

18 | **Las consecuencias de las guerras de independencia: cambios de estructuras o cambios en las estructura.**

20 | **Estancamiento económico, inestabilidad política y proyectos en disputa tras la independencia.**

22 | **La expansión de las economías latinoamericanas en el último tercio del siglo XIX.**

24 | **La política en el último tercio del siglo XIX: dominación oligárquica y desenvolvimiento de la ciudadanía.**

26 | La industrialización por sustitución de importaciones (1930-1975).

28 | Estado Populista, democracia y dictadura (1930 -1975).

30 | La reconversión neoliberal.

32 | Neoliberalismo, sujetos sociales y transformaciones políticas.

34 | América Latina entre el ciclo de impugnación al neoliberalismo y la ofensiva neoconservadora (1999-2019) .

43 | Segunda parte: Dimensiones para pensar desde América Latina.

44 | La emergencia del (los) Pensamiento(s) Latinoamericano(s): una breve aproximación.
Julieta Almada, Nicolás Daniele, Ana Nicotra, Guadalupe Yriart Daghero, Micaela Sánchez

53 | La dimensión Afro en América Latina. *Por Micaela González Valdés e Isabel Naranjo*

60 | Discusiones de género y perspectivas feministas desde América Latina. *Ana Nicotra, Fernanda Molina, Ulises Tarquino, Julieta Ayelén Almada.*

69 | Discusiones en torno al mundo del trabajo en América Latina. *Julieta Ayelén Almada, Gonzalo Cámara, Paula García Schneider*

75 | Migraciones en América latina. *Sofía Arrieta, María Gabriela Rho, Malena Rodríguez Mutis, Ulises Tarquino*

84 | Hacer la revolución en América Latina: sobre las experiencias históricas de radicalización política (Siglos XX y XXI). *Carys Alfonzo, Guadalupe Yriart Daghero*

91 | Formas de Integración Regional: el MERCOSUR. *Gonzalo Ghiggino*

95 | El escenario latinoamericano en disputa: crisis del Neoliberalismo y emergencia de gobiernos populares a comienzos del Siglo XXI (1999-2019). *Carys Alfonzo, Mauro Berengan, María Gabriela Rhó.*

Presentación

A comienzos de 2021 iniciamos un camino colectivo; si bien nuevo, en “Pasado y presente en América Latina. Aportes para la comprensión de los procesos históricos en la región” recuperamos experiencias previas que cristalizan en este material. Nos referimos en particular a las de enseñanza y aprendizaje en contexto de Pandemia que nos permitió repensar nuestras propias prácticas, tratando de elaborar guías y tender puentes hacia el conocimiento del pasado de América Latina; pero también, a otras como las desarrolladas en 2017 en el marco del Programa de Historia argentina y latinoamericana (PUHAL). Sin dudas, además, las prácticas docentes tanto de Historia de América II de la Escuela de Historia (FFyH-UNC), como de Historia Social y Política II (FCS-UNC) han sido enriquecedoras para todos quienes con mucho entusiasmo y solidaridad participaron en la elaboración de este material.

Desde un inicio -y motivados por una convocatoria de Ansenuza- consideramos necesario plantear esta producción como un material de acceso abierto, en tanto creemos que esto fomenta la democratización de la información y el conocimiento; que permita a docentes de nivel superior y medio actualizar discusiones y lecturas en torno a diferentes aristas de la realidad pasada de nuestro continente; así como también, brindar el acceso a la información para poder re-adaptarla a las diferentes situaciones áulicas.

Este material educativo abierto -es decir, con licencia abierta que permita el acceso gratuito a esos materiales para ser utilizados, adaptados y distribuidos gratuitamente (UNESCO, 2012)- se distribuye en dos partes. La primera, “Elementos generales de los procesos latinoamericanos”, elaborada por Javier Moyano, aborda elementos y condicionantes generales de la historia latinoamericana como son sus características geográficas e inserción externa, así como también la configuración poblacional, los modos de organización política, modelos económicos y senderos de acumulación que se han desarrollado desde el reordenamiento producido con la crisis del pacto colonial, hasta la actualidad. Si bien sucinto, permite tener un panorama general de los principales procesos latinoamericanos en términos económicos, políticos y sociales.

La segunda, “Dimensiones para pensar desde América Latina”, fue elaborada principalmente por ayudantes alumnos y adscriptes (actuales y pasados) de las cátedras arriba

mencionadas. Intenta poner de relieve algunas de las principales discusiones que se han abordado desde las academias latinoamericanas y, en este sentido, le posibilita a quien lee tener un marco general de bibliografía sobre cada una de las temáticas incorporadas. Se inicia con una producción denominada “La emergencia del (los) Pensamiento(s) Latinoamericano(s): una breve aproximación”, en donde se abordan temas desde el antiimperialismo surgido en el siglo XIX, hasta las discusiones de género que se desarrollan en la actualidad en estas latitudes. Por otro lado, “La dimensión Afro en América Latina”, a partir de una breve caracterización de los casos de Haití, Colombia y Brasil, da cuenta de tres procesos distintos en cuanto al abordaje de la negritud en el continente. Seguidamente, “Discusiones de género y perspectivas feministas desde América Latina”, profundiza sobre las distintas olas feministas, para luego poder acentuar la relevancia sobre las perspectivas feministas que se desarrollaron y actualmente se trabajan en el continente latinoamericano. Luego, “Discusiones en torno al mundo del trabajo en América Latina” presenta algunas discusiones de relevancia en el pensamiento económico, social y político latinoamericano como son la cuestión de la marginalidad social y los vínculos entre movimiento obrero y Estado. Sumadamente, “Migraciones en América latina” resitúa el lugar de las migraciones en términos sociales, políticos, económicos y culturales en el continente. Por otra parte, “Hacer la revolución en América Latina: sobre las experiencias históricas de radicalización política (Siglos XX y XXI)” recupera aproximarnos a la pregunta por el carácter particular de la revolución en América Latina. Para ello, diversos procesos de emergencia popular, radicalización política, democratizaciones y transformaciones profundas que tuvieron lugar a lo largo del siglo XX y primeras décadas del siglo XXI. Por su parte, “Formas de Integración Regional: el MERCOSUR” presenta las principales discusiones en torno a los modelos de regionalismos que se han desarrollado en la región hasta la conformación del Mercado Común del Sur, así como los principales debates académicos que éste ha suscitado en los últimos años. Por último, “El escenario latinoamericano en disputa: crisis del Neoliberalismo y emergencia de gobiernos populares a comienzos del Siglo XXI (1999-2019)” da cuenta de la compleja realidad sociopolítica que se abrió en nuestra región con la crisis que tuvo lugar entre finales del siglo XX y principios del XXI. Repasa, para ello, las miradas y diagnósticos más difundidos en el ámbito del pensamiento crítico especializado, a fin de generar una caracterización de conjunto respecto de las distintas alternativas políticas que se pusieron en marcha, tomando como punto de partida el inicio del gobierno de Hugo Chávez en el año 1999, y como cierre el golpe de Estado a Evo Morales en el 2019.

Esperamos sirvan estas breves palabras iniciales para impulsar la lectura, apropiación y generación de conocimientos sobre América Latina, más allá y más acá de las fronteras universitarias.

Primera parte.

Elementos generales de los procesos históricos latinoamericanos.

Historia de América Latina: consideraciones generales y condicionantes geográficos.

Analizar la historia de América Latina requiere considerar, en primer lugar, un conjunto de problemas comunes y un conjunto de especificidades propias de las distintas subregiones y de los diversos casos nacionales. En segundo lugar, es preciso reconocer los condicionamientos de la historia mundial, principalmente europea y norteamericana, junto a las respuestas adaptativas generadas en el continente a esos condicionamientos. En tercer lugar, es necesario visualizar distintos niveles de análisis en interacción, entre los cuales destacan los condicionantes geográficos, las estructuras económicas y sociales, el desenvolvimiento de las instancias estatales, los regímenes políticos, los procesos de construcción de identidades. En cuarto lugar, resulta conveniente ubicar tanto inercias como rupturas a la hora de ensayar posibles periodizaciones.

En nuestro abordaje comenzaremos presentando el espacio geográfico latinoamericano, siguiendo principalmente los aportes del texto de Cunil Grau (1999). Para ello consideraremos, en primer lugar, la posición relativa de nuestro continente en el mundo. En segundo lugar, procuraremos caracterizar las diferentes áreas geográficas al interior del continente.

Respecto a la primera cuestión, destaca el aislamiento marítimo del continente americano en claro contraste con Europa, Asia y África, tres continentes unidos y vinculados milenariamente entre ellos. Los océanos Atlántico y Pacífico constituyeron durante siglos barreras a la comunicación entre el continente americano y el resto del mundo. Sin embargo, los cambios económicos y tecnológicos durante la modernidad permitieron significativos avances en la navegación marítima transformaron a los antiguos obstáculos en canales de comunicación. Ello contribuye a explicar por qué hacia fines del siglo XV la historia americana comenzó a vincularse, invasión europea mediante, con la historia de otros continentes en una naciente historia mundial.

Respecto a la segunda cuestión, Cunil Grau (1999) señala que en América Latina se encuentran áreas de extrema altura, tal el caso de los andes centrales y de diversas zonas mesoamericanas; áreas de extrema aridez, entre las que destacan el desierto de Atacama y el norte mexicano; áreas de extrema humedad, especialmente la Amazonía; y áreas de extremo frío,

como ocurre con el sur patagónico. De este conjunto de áreas extremas, previo al proceso de colonización y conquista, sólo en las áreas de extrema altura se produjeron poblamientos de contingentes humanos medianamente densos, los cuales desarrollaron sociedades complejas con división del trabajo y estratificación, y en ellas se desarrollaron organizaciones estatales e incluso imperios. No es casualidad que en estas áreas se concentrara el poder español en la etapa colonial. Como veremos en el próximo apartado, dos factores principales explican esto: la existencia de poblaciones acostumbradas al trabajo sedentario; y la adaptación de esas mismas poblaciones al pago de tributos por medio de los cuales el poder instituido se apropiaba de los excedentes.

En tanto, las dificultades que suponen las restantes áreas extremas contribuyen a explicar que, en el momento de la ruptura del orden colonial a principios del siglo XIX, al área geográfica efectivamente ocupada por los imperios ibéricos era de aproximadamente dos millones de kilómetros cuadrados en un continente latinoamericano cuya superficie actual es de veinte millones de kilómetros cuadrados. Fueron los gobiernos independientes quienes invadieron amplias áreas geográficas, hasta entonces fuera del alcance de la dominación europea.

La ocupación europea de América: sus relaciones con la historia mundial y la conformación de las estructuras internas.

La invasión ibérica al continente americano se explica por –y a su vez contribuye a explicar– otros procesos, como el nacimiento de una economía mundial con centro en el atlántico europeo, y la transición del feudalismo al capitalismo, también en Europa occidental. Se trata de procesos convergentes porque la invasión fue consecuencia de una expansión previa de la economía atlántica, pero a su vez contribuyó con sus excedentes a la consolidación de esa economía mundial, con foco en Europa occidental, en tránsito hacia el capitalismo. En la configuración de este nuevo esquema, España y Portugal se fueron convirtiendo en metrópolis intermediarias entre los excedentes, en especial metales preciosos, procedentes de sus colonias y las expansivas manufacturas de Europa occidental, en especial de Holanda, Inglaterra y Francia.

Dos variables explican, principalmente, los patrones de ocupación del espacio americano por parte de los conquistadores españoles en una primera etapa. En primer lugar, la existencia de metales preciosos, en un primer momento ya atesorados por los imperios originarios, incaico y mexica, y luego extraídos mediante la explotación minera. En segundo lugar, la disponibilidad de mano de obra adaptada al trabajo sedentario, susceptibles de entregar sus excedentes a los nuevos dominadores a través del pago de tributos o el trabajo compulsivo. Ello contribuye a explicar por qué, tras una fase inicial en la que el centro de la invasión europea se ubicó en las islas caribeñas, muy tempranamente las principales áreas coloniales bajo control hispánico se asentaron en Mesoamérica y en los Andes centrales.

La producción minera articuló amplios espacios geográficos en función del abastecimiento de alimentos, vestimentas, energía –hidráulica y mulas– y estimulantes –coca y yerba mate– para los trabajadores ocupados en la extracción de metales preciosos destinados a mercados ultramarinos. La unidad productiva predominante en estas actividades de abastecimiento a las regiones mineras fue la hacienda, organizada principalmente mediante diversas formas de trabajo semi servil. En paralelo, en estas regiones también subsistieron las

comunidades campesinas originarias como unidades productivas, en una relación de alternativa conflictividad y complementariedad con las haciendas.

En otras áreas, en donde la población originaria se extinguió tempranamente, los conquistadores, españoles y portugueses, desarrollaron economías de plantación con mano de obra esclavizada, llegada a América mediante el tráfico compulsivo marítimo desde el continente africano. Tales plantaciones, predominantes en el Caribe y en el litoral brasileño, estuvieron dedicadas al monocultivo de productos tropicales cuyo destino, al igual que los metales preciosos, eran los mercados ultramarinos.

Además de haciendas y plantaciones, en algunas áreas de frontera, como el Río de la Plata, el sur brasileño o el norte mexicano, se desarrolló un tercer tipo de unidad productiva. Se trataba de la estancia o el rancho, principalmente ganadero y con mano de obra asalariada. Es preciso aclarar que la condición de asalariado no era sinónimo de mano de obra libre pues los propietarios tenían diferentes recursos para impedir de manera compulsiva el alejamiento de sus peones.

Tal como rescata Waldo Ansaldi (2006), Hacienda, plantación y estancia fueron las unidades productivas predominantes en sociedades altamente asimétricas en sus relaciones de poder. Tales asimetrías se fundaban en distinciones de estatuto jurídico, para las cuales el origen étnico tendía a ser decisivo, marcarían en el largo plazo a nuestras sociedades incluso tras la independencia.

Grupos dominantes, grupos subordinados y autoridades metropolitanas en la etapa colonial.

Para entender los procesos independentistas latinoamericanos de fines del siglo XVIII y principios del XIX es preciso, previamente, visualizar el lugar ocupado tanto por los grupos dominantes como por los grupos subordinados en las sociedades estamentales características de la etapa colonial, al igual que la relación de todos estos grupos con las metrópolis europeas.

Respecto a los grupos dominantes, tempranamente se consolidó en el mundo ibérico un patriciado, vinculado a las actividades mineras, agropecuarias y mercantiles. Además de tratarse de los poseedores de la riqueza, la posición de este patriciado -constituido por descendientes de españoles y portugueses, y por peninsulares arribados al continente en sucesivas etapas- se reforzaba con el otorgamiento de privilegios particularistas derivados tanto de la condición de blancos como de la variable capacidad de cabildeo ante las autoridades metropolitanas.

Como contracara de las élites blancas, entre los grupos subordinados destacaban, principalmente, los peones semiserviles de las haciendas, los esclavizados de las plantaciones, los trabajadores asalariados aunque no necesariamente libres de las estancias, los miembros de comunidades originarias obligados a tributar, los trabajadores de las minas, que según el lugar o el momento podían ser asalariados o mitayos (entre otras formas de trabajo semiservil), y también los trabajadores urbanos con distintas condiciones jurídicas. Ubicados en la base de la pirámide social por estatutos jurídicos que los obligaban, en gran medida en función de su origen étnico al trabajo compulsivo o al tributo, o bien los privaban del conjunto de privilegios detentados por el patriciado de origen europeo, al interior de estos grupos se fueron desarrollando diferentes formas de resistencia y adaptación para afrontar la dominación y la explotación a la que sus integrantes eran sometidos.

Entre el patriciado local y las autoridades metropolitanas había un conjunto de acuerdos y un conjunto de tensiones. Por un lado compartían la necesidad de preservar las jerarquías coloniales. Por otro lado, competían en torno al control de las colonias y al destino de los excedentes. Con correlaciones de fuerzas y redes de relaciones cambiantes a lo largo del proceso, la tendencia se orientó hacia un progresivo control de la corona, tanto de los principales resortes del poder político como de la apropiación de los excedentes, aunque ello fue

erosionando, en especial en el siglo XVIII, el pacto colonial que integraba los intereses metropolitanos con los intereses de gran parte del patriciado colonial.

Ese vínculo también se vio alterado por la dinámica de las relaciones entre los imperios europeos. Si bien España y Portugal tempranamente se habían constituido en metrópolis intermediarias entre las colonias y las potencias de Europa occidental, también éstas últimas procuraron prescindir de esa intermediación ibérica, en una primera etapa a través de la piratería, y a partir del siglo XVIII mediante el contrabando, por un lado, y de diferentes concesiones obtenidas de España y Portugal por otro lado. Estas transformaciones fueron erosionando el vínculo entre las metrópolis ibéricas y sus colonias, erosión acentuada, en el caso español, en diferentes coyunturas bélicas cuando Inglaterra interrumpía u obstruía el tráfico ultramarino de sus enemigos.

Las transformaciones en las relaciones entre grupos dominantes y grupos subordinados, entre el patriciado americano y las autoridades coloniales, y entre las metrópolis ibéricas y las potencias de Europa occidental, son factores que contribuyen a comprender las causas de la ruptura de los pactos coloniales a fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Las causas de la independencia

El estudio de las causas de las independencias latinoamericanas requiere considerar diversas dimensiones y distintas temporalidades, pues es necesario analizar factores económicos, político- administrativos, militares, e ideológico- culturales. Asimismo, es preciso abordar factores de larga duración, causas de mediano plazo y desencadenantes.

Como señalamos en anteriores apartados, las potencias de Europa occidental, en especial Inglaterra, desde la etapa colonial temprana aspiraban a suprimir la intermediación ibérica en sus relaciones comerciales. Tras la finalización de la guerra de sucesión española, en la segunda década del siglo XVIII, Inglaterra incrementó su presencia, tanto legal como ilegal, en los puertos iberoamericanos. Durante sucesivas guerras que atravesaron el siglo XVIII, el comercio entre España, generalmente aliada de Francia, enemiga de Inglaterra, y sus colonias se vio obstruido. Durante las guerras napoleónicas, desde mediados de la década de 1790, ese tráfico fue finalmente interrumpido, situación que se agravó aún más con la destrucción de la armada española en 1805. En el caso portugués, el papel de Inglaterra en la protección de la casa real en su traslado a Brasil en 1808, tuvo su contraprestación en la habilitación del libre comercio para los navíos británicos en los puertos brasileños. Ante esa creciente presencia británica en los puertos iberoamericanos, se agudizaron las tensiones entre comerciantes, agrupados en consulados, que gozaban de privilegios monopolistas otorgados por la corona, y el resto de los mercaderes latinoamericanos, muchas veces con presencia en el gobierno local.

En los planos político y administrativo, en el siglo XVIII, los monarcas españoles y portugueses procuraron dirimir a su favor las disputas con el patriciado local por el control de las colonias y por la apropiación de los excedentes, mediante una progresiva sustitución de funcionarios criollos por peninsulares en distintas instancias burocráticas. Cuando no podían hacerlo, tendían a suprimir atributos en aquellos cuerpos políticos con presencia criolla mayoritaria. Ambos procesos, sumados a una creciente presión fiscal, agudizaron las tensiones entre la corona y las élites criollas, en especial durante el reinado de Carlos III en el caso español, y durante el ministerio de Pombal en el caso portugués, ambos en la segunda mitad del siglo.

Respecto a los factores militares, a la mencionada situación de recurrente obstrucción o

interrupción de vínculos marítimos en el caso de las colonias españolas, las necesidades de defensa significaron la creación y empoderamiento de las milicias, conformadas y comandadas mayoritariamente por criollos, y con mecanismos deliberativos en su dinámica interior. De este modo, un patriciado en creciente tensión con la administración metropolitana, disponía de control de tropas con creciente protagonismo, en especial durante las guerras napoleónicas en las décadas de 1790 y 1800.

En cuanto a las dimensiones ideológicas y culturales, a la emergencia de un “regionalismo” americano que, muy tenuemente, fue conformando una identidad continental por oposición a las metrópolis ibéricas, se suma el hecho de que el siglo XVIII fue el siglo de la Ilustración. Si bien esta corriente también nutrió las filas de la burocracia monárquica en el llamado “despotismo ilustrado”, muchos de sus principales exponentes elaboraron una crítica radical de los fundamentos de poder del antiguo régimen, en lo relativo a los fundamentos del poder monárquico y de los privilegios estamentales. Pero esta crítica radical se reforzó, fundamentalmente, con la existencia de dos realidades revolucionarias, la norteamericana y la francesa, que tornaron pensables las posibilidades de cambio.

Las consecuencias de las guerras de independencia: cambios de estructuras o cambios en las estructuras.

La pregunta relativa al carácter revolucionario de la ruptura implicada en las guerras de independencia, más que a la pretensión de una respuesta concluyente, apunta a debatir en torno al alcance de los cambios y continuidades que ese proceso trajo consigo. Cuando Halperín Donghi (1986) señala que las élites criollas buscaban heredar un orden colonial finalmente desestructurado, visualiza dos cuestiones fundamentales: la persistencia de esas élites en la pirámide del poder, y la destrucción del orden que las había ubicado en el vértice de esa pirámide. En este apartado nos interesa detenernos principalmente en esas rupturas, aunque conscientes de que **los cambios en las estructuras estuvieron lejos de representar cambios de estructuras.**

En primer lugar, en el plano estrictamente administrativo no fue menor la desaparición de una administración colonial que, en el caso hispanoamericano, daba unidad política a un amplio espacio geográfico sumamente heterogéneo. A ello se sumaron las consecuencias políticas de la desestructuración que la guerra representó para los principales espacios económicos coloniales, en especial el espacio potosino en América del Sur. En otro orden, el hecho de que las revoluciones de independencia tuvieran como principal antagonista a monarquías absolutistas, explican la escasa viabilidad de la apelación, tras la independencia, a cualquier principio de legitimidad que no se fundara, al menos nominalmente, en **la soberanía popular y en la representación ciudadana, independientemente de las tensiones entre esos principios de legitimidad y las prácticas políticas predominantes** por un lado, y las identidades de muchos sujetos colectivos, incluso populares, por el otro.

En el plano económico y social también se produjeron rupturas significativas, incluidos efectos no buscados por los revolucionarios. Por un lado, el libre comercio y los impuestos de guerra llevaron a la quiebra a muchas fortunas mercantiles, poderosas en la etapa colonial en función de la capacidad que la liquidez monetaria otorgaba a la hora de controlar diversos procesos productivos. Por otro lado, la destrucción de riquezas mineras tuvo como consecuencia una prolongada etapa de estancamiento para muchas de las regiones más dinámicas durante el período colonial. Finalmente, la capacidad de los productores agropecuarios de resistir la depredación de las guerras de independencia fue mucho mayor que

la alcanzada por las fortunas mercantiles, y a ello se sumó el poder alcanzado por tales propietarios a partir del papel ejercido en el mantenimiento del orden rural. Aunque podía tratarse de las mismas personas o de las mismas familias, **es notable el desplazamiento de las fuentes de poder económico desde el comercio hacia el campo.**

Finalmente, otros elementos disruptivos de las guerras de independencia se relacionan con dos cuestiones. Por un lado, el ascenso social de oficiales mulatos y mestizos a partir del control de tropas, de muy dificultosa desmovilización al finalizar el proceso independentista, tornando más permeables las posibilidades de pertenecer al mundo de las élites. Por otro lado, la movilización de grupos subalternos, aun cuando tuvieran un papel subordinado, alteró las jerarquías coloniales, en especial en las áreas esclavistas donde el reclutamiento de tropas dependía, en gran medida, de la magnitud de las manumisiones.

Sin implicar el desplazamiento de una clase dominante por otra, el final de las guerras de independencia significó, sobre todo en el mundo hispánico, una sociedad y un orden diferentes respecto a la sociedad y al orden colonial previos.

Estancamiento económico, inestabilidad política y proyectos en disputa tras la independencia.

La etapa transcurrida entre el final de las guerras de independencia y el último tercio del siglo XIX se caracteriza principalmente, con algunas excepciones como los casos brasileño, chileno y paraguayo, por dos cuestiones en interacción: la inestabilidad política y el estancamiento económico. Cuestiones en interacción porque la inestabilidad política perturbaba el desempeño de los actores económicos a la vez que incidía negativamente sobre el erario público, mientras que el estancamiento económico privaba a los gobiernos de recursos fiscales imprescindibles para cualquier empresa que pretendiera la construcción de un orden estable.

Entre los factores que explican el estancamiento económico en las décadas que siguieron a la independencia destacan la desarticulación de antiguos circuitos mercantiles y la destrucción de infraestructuras mineras. Cabe añadir, además, que ***la primera revolución industrial, si bien implicó el encumbramiento de Inglaterra como la nueva metrópoli para nuestras regiones, ahora independientes de lazos políticos coloniales, no incrementó significativamente la demanda de bienes primarios latinoamericanos.***

La inestabilidad política, en tanto, obedece a diversas razones. En primer lugar, a la desaparición de una administración colonial que, en el caso de Hispanoamérica, antes de la independencia daba unidad a bastas y heterogéneas regiones, las cuales, además, muchas veces tenían intereses en conflicto entre ellas. En segundo lugar, las dificultades para desmovilizar los amplios contingentes militares que ahora nutrían al persistente faccionalismo y particularismo, agravando los conflictos entre regiones cercanas y al interior de las mismas.

En tercer lugar, ***la disputa entre proyectos que enfrentaba, con entrecruzamientos variables según las características de las diferentes regiones, a conservadores y liberales, y a centralistas y federalistas.*** Aunque estas disputas a menudo eran permeadas, a la hora de definir alineamientos, por conflictos y compromisos entre redes de relaciones particularistas, conviene detenerse en ellas pues ***lo que estaba en juego era, en gran medida, la generación de condiciones para el desarrollo capitalista dependiente latinoamericano.***

Aunque al interior de las élites y de los grupos propietarios no había impugnaciones a la inserción de nuestro continente en el mundo de la primera revolución industrial, hegemonizado por el capitalismo británico, los antagonismos se presentaban cuando **este proceso requería derribar diferentes barreras precapitalistas vinculadas con los privilegios procedentes del mundo colonial**. Si la consagración de la igualdad abstracta ante la ley, promovida por los liberales, reducía la incertidumbre de los actores económicos, y ello era condición necesaria para nuestro particular desarrollo capitalista, la resistencia de los conservadores se pondría en marcha si ese patrocinio afectaba privilegios seculares, entre los cuáles no eran menores los detentados por la Iglesia Católica.

Ahora bien, como señala Ricaute Soler (1987), en las áreas coloniales maduras, las grandes capitales eran el centro de esos privilegios, situación que no se replicaba en aquellas áreas de frontera, más tardíamente insertadas en el mundo colonial. La apuesta por el centralismo por parte de los conservadores en el primer caso, y de los liberales en el segundo se explica en este registro; pues mientras en las regiones más “antiguas” la programática liberal se enfrentaba con los privilegios asentados en los centros políticos, en las regiones “nuevas” la centralización podía operar como una herramienta adecuada en el cometido de derribar barreras precapitalistas.

La expansión de las economías latinoamericanas en el último tercio del siglo XIX.

Entre 1870 y 1914 América Latina experimentó un acelerado crecimiento económico tras multiplicar su presencia en los mercados mundiales como región productora de bienes primarios. Se trataba de materias primas y alimentos (cobre, hierro, estaño, salitre, carnes, lanas, cereales, café, azúcar, bananas, caucho; henequén, etc.) necesarios, y en algunos casos imprescindibles, para el funcionamiento de la economía internacional en el marco de la segunda revolución industrial. Si bien desde la etapa colonial nuestro continente abastecía de productos agropecuarios y mineros a Europa occidental, la magnitud de la demanda mundial no tenía precedentes en el pasado.

El aprovechamiento de las oportunidades que ofrecía la economía internacional, requería de la constitución de un mercado de capitales, un mercado de tierras y un mercado de trabajo. La disponibilidad de capitales era necesaria para la provisión de infraestructura básica (transportes, comunicaciones, puertos, servicios) para el desarrollo de exportaciones en la magnitud ahora requerida, y también para las propias actividades productivas. Esa demanda fue provista tanto mediante empréstitos como a través de inversiones directas (Suter, 1995), procedentes de los centros financieros que, en proceso de conformación en esta etapa, comenzaban a canalizar ahorros “de todo el mundo hacia todo el mundo”; nos referimos principalmente a Londres, pero también a Nueva York, Berlín y París.

La demanda internacional también obligaba a incrementar la disponibilidad de tierras y mano de obra. Lo primero fue posible a través de dos expedientes: en primer lugar, en áreas de antigua ocupación se incrementó la desposesión de campesinos, muchos de ellos miembros de pueblos originarios que explotaban unidades comunitarias, y se recurrió a la expropiación de tierras eclesiásticas. En segundo lugar, mediante la invasión, con los consiguientes genocidios, de territorios hasta ese momento controlados por sociedades originarias.

La disponibilidad de mano de obra, en tanto, fue posible de diferentes maneras. En primer lugar, el avance de las unidades capitalistas sobre tierras campesinas obligó a las poblaciones expropiadas a emplearse como asalariadas. En segundo lugar, en las regiones escasamente pobladas se recurrió a la mano de obra migrante; aunque esta fue principalmente europea del

sur, también llegaron trabajadores chinos, en especial en las regiones donde era necesario reconvertir la economía esclavista tras la abolición, y también en algunos casos (Cuba, Panamá) a trabajadores procedentes del Caribe anglófono. El trabajo asalariado compulsivo, en especial a partir del endeudamiento de peones, no estuvo ausente en este proceso.

La base de las economías latinoamericanas continuaba siendo, al igual que en etapas anteriores, la exportación de alimentos y materias primas. Se trataba, además, de economías altamente especializadas en una cantidad muy limitada de bienes primarios. Sin embargo, el incremento de la demanda internacional contribuyó a la modernización en sentido capitalista de estas actividades. Asimismo, en los países más poblados (Argentina, Brasil, México, Perú) con posibilidad de demanda en escala suficientemente amplia, se produjeron algunos eslabonamientos entre la economía primario exportadora y actividades industriales en función de dos cuestiones principales: el agregado de valor a algunos productos primarios (azúcar, carnes, diversos minerales) antes de su exportación; y la provisión de bienes manufacturados (alimentos, bebidas, calzado, materiales de construcción) tanto a la población urbana en crecimiento con la expansión económica, como a trabajadores especializados en algún rubro de la producción primaria, en especial en plantaciones y minas.

La política en el último tercio del siglo XIX: dominación oligárquica y desenvolvimiento de la ciudadanía.

El crecimiento económico inducido por la demanda mundial de bienes primarios a partir del último tercio del siglo XIX interactuó con los procesos que en esa misma etapa desembocaron en la consecución de un orden político estable en la mayoría de los países latinoamericanos, y lo hizo en doble dirección. En primer lugar, porque un orden político estable era condición necesaria para el desenvolvimiento de los actores económicos. En segundo lugar, porque el crecimiento económico dotaba a los gobiernos de recursos financieros para el mantenimiento de ese orden.

No es casualidad que esta etapa coincida con una “definitiva” configuración de nuestros espacios territoriales; con un significativo desarrollo de instancias estatales; y con relevantes avances en el proceso de construcción de identidades nacionales. Se trata de procesos dirigidos por clases dominantes de alcance regional mucho más amplio que en el pasado reciente.

Las necesidades de derribar diversas resistencias a ese proceso, de preservar tanto el orden como los logros alcanzados, y también de defender los propios intereses de esos grupos dominantes, se tradujeron en un control autoritario del gobierno (Moyano, 2013). Ello fue posible a partir de diferentes formas de manipulación electoral, del ejercicio de la coerción para aislar impugnadores, y del establecimiento y continua renovación de redes de intereses particularistas que vinculaban tanto a los integrantes de las élites entre sí como a éstos con sus clientelas. No se trataba de prácticas desconocidas en la política decimonónica, pero era novedoso el grado de concentración de tales recursos de poder en manos de los grupos gobernantes.

Sin negar el carácter altamente asimétrico de las relaciones de poder en esta etapa, sería un error desconocer que ello coexistió con significativos procesos de desenvolvimiento de la ciudadanía. Si la soberanía popular era una fuente inapelable de legitimidad, la manipulación electoral y la coerción como formas de conquistar y preservar el poder ponen de manifiesto fragilidades en la estructura de dominación. Ello contribuye a explicar dos cuestiones interrelacionadas: por un lado, la necesidad de los grupos gobernantes de seducir a diversos segmentos de la ciudadanía aunque los resultados electorales no dependieran de ello; por otro lado, el margen de juego que podían desplegar, a la hora de elevar demandas a los gobernantes, muchos grupos desfavorecidos en las relaciones de poder.

Ahora bien, las transformaciones sociales originadas en el proceso de crecimiento económico primario exportador, conducido por los grupos dominantes mediante la dominación oligárquica, contribuyó, con el tiempo, a generar las propias impugnaciones a esa dominación. Con peso diverso según cada región, esa impugnación provino tanto de sujetos preexistentes como de sujetos emergentes a partir de tales transformaciones. Nos referimos, en el primer caso, a muchos segmentos campesinos, a la defensiva ante la usurpación que la expansión de las actividades primario exportadoras generaba. En el segundo caso, se trata de un conjunto de sectores, entre los cuales destaca la clase obrera, grupos medios urbanos (profesionales, pequeños empresarios, empleados públicos), y en algunos casos también la pequeña burguesía agraria.

Si la dominación oligárquica garantizaba el progreso económico, tales impugnaciones o bien no se presentaban, o bien eran bloqueadas con facilidad. Esa situación se modificaba sustancialmente cuando se presentaban crisis económicas más o menos profundas y/o prolongadas.

La industrialización por sustitución de importaciones (1930-1975)

El continente latinoamericano fue especialmente afectado por la crisis del capitalismo internacional en 1930, en tanto las economías centrales redujeron significativamente sus demandas de bienes primarios, principal fuente de excedentes externos para nuestras economías. Esa contracción de la demanda de alimentos y materias primas afectó la capacidad latinoamericana de importar productos manufacturados; e impactó negativamente sobre los ingresos públicos, altamente dependientes de los impuestos al comercio exterior. También incrementó la incidencia del endeudamiento externo para estados con ingresos fiscales en franca retracción.

La respuesta de las economías latinoamericanas con mercados nacionales más o menos amplios y/o con alguna base industrial previa (Brasil, México, Argentina, Chile, Uruguay), fue el inicio de un proceso, en un primer momento sin planificación estatal, de sustitución de los bienes industriales que hasta entonces se exportaban, por bienes producidos localmente, proceso que se prolongaría hasta mediados de la década de 1970. En aquellos países donde la insuficiencia del mercado interior tornaba inviable la industrialización por sustitución de importaciones, igualmente fue necesario avanzar hacia un proceso de sustituciones agrícolas para garantizar el abastecimiento de alimentos en economías que hasta entonces eran escasamente diversificadas, incluso en lo relativo a la producción de bienes primarios.

El análisis del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) requiere reconocer cambios y continuidades respecto al modelo primario exportador precedente. Por un lado, representa una significativa modificación respecto a la composición del producto bruto interno y de la mano de obra, pues, en términos relativos, en ambos casos las actividades industriales avanzan considerablemente en detrimento de las actividades primarias. Por otro lado, presenta claras continuidades en la composición de los excedentes externos pues, una vez recompuesta la economía mundial capitalista avanzada la década de 1930, las exportaciones de alimentos y materias primas se consolidaron como fuente de divisas ampliamente predominante.

Los mencionados cambios en el nivel de la estructura económica produjeron, a su vez,

significativos cambios en el nivel de la estructura social, en especial por el crecimiento de la clase obrera y por el incremento de los procesos de urbanización.

El modelo ISI presenta, sin embargo, un conjunto de fragilidades: en primer lugar, al no reducirse la brecha tecnológica con los países centrales, la demanda de maquinarias para la industria tendía a agudizar los problemas en la balanza de pagos, situación que se agravaba aun más por las necesidades de importar energía para la industria en aquellos países latinoamericanos que no producían petróleo. En segundo lugar, la escala de los mercados nacionales se tornaba insuficiente para garantizar la rentabilidad y competitividad internacional del sector industrial, incrementando las necesidades de protección estatal. Todo ello generaba cuellos de botella y recurrentes crisis del modelo, aunque no necesariamente terminales.

Ahora bien, con esas fragilidades y consecuentes crisis se articulaban intereses contrarios al modelo ISI, en especial de los sectores vinculados a la economía primario exportadora, afectados por reasignaciones de recursos que los estados industrialistas promovían. Cuando a mediados de la década de 1970 se articularon potentemente muchos de estos factores, el ataque al modelo ISI generaría una crisis irreversible y una profunda reconversión de las estructuras económicas.

Estado Populista, democracia y dictadura (1930-1975)

El principal motor del proceso de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) fue el estímulo al consumo en el mercado interno, y una herramienta fundamental fue la protección a las industrias nacionales. El proceso ISI tuvo, asimismo, significativo impacto en el desarrollo de la clase obrera y del empresariado industrial, dos actores con creciente protagonismo al compás de los cambios en el nivel de la economía.

Con temporalidades más o menos cercanas, la crisis de la dominación oligárquica cedía paso a dos alternativas opuestas: la ampliación de la democracia o la instauración de dictaduras. Si como señalan Ansaldi y Giordano (2012), a la dominación oligárquica le aplica la metáfora de “mano de hierro en guante de seda”, la primera alternativa apuntaba a neutralizar esa “mano de hierro” y la segunda sólo a despojarla del “guante de seda”. Se trataba, sin embargo, de dos alternativas mucho más inestables en comparación con los ordenamientos oligárquicos: la primera por la impugnación de las élites, las cuales no renegaban de los comportamientos disruptivos respecto a la legalidad vigente, y contaban, además, con suficientes recursos de poder para garantizar el éxito de tales comportamientos; la segunda porque la necesidad de los gobiernos dictatoriales de barrer con todas –o casi todas– las formas democráticas desnudaba una dominación mucho más frágil que la oligárquica.

Es posible entonces apreciar la confluencia de dos procesos: por un lado, el desarrollo del modelo ISI con los actores que involucraba; por otro lado, la crisis de la dominación oligárquica y la inestabilidad de las alternativas que apuntaban a sustituirla.

El desarrollo en América Latina del Estado de compromiso, versión modesta del estado de bienestar de los países desarrollados en esa misma etapa, es precisamente producto de esa confluencia de procesos. En primer lugar, porque el desarrollo del mercado interno, la respuesta a las demandas de la clase obrera y la protección de la industria local requerían de un estado regulador, intervencionista e incluso empresario, el cual necesitaba, a su vez, compatibilizar un conjunto de intereses en parte convergentes y en parte divergentes. En segundo lugar, porque la ampliación de la democracia tarde o temprano ubicaba en el centro de la escena a las demandas de los sectores populares.

La capacidad de inclusión social fue, en ese marco, una característica distintiva del Estado de compromiso. En los países más grandes del continente (Brasil, México, Argentina) a esa capacidad de inclusión social, los estados añadieron una mediana –nunca absoluta– capacidad de penetrar la autonomía de las organizaciones sociales representativas de grupos populares. La confluencia entre esas dos capacidades en el contexto del proceso ISI constituye un aspecto central para caracterizar a un estado como populista.

Ahora bien, este tipo de estado, promovido por gobiernos populistas (Lázaro Cárdenas en México, Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil) persistió incluso durante gobiernos anti populistas. Si el estado populista constituye la principal forma política de una industrialización desarrollista mercado internista, en la larga etapa transcurrida entre 1930 y 1975 actuaron también poderosos grupos en el patrocinio de otros dos modelos: un segundo desarrollismo fundado más en la sobre explotación de la mano de obra que en el estímulo al consumo; y aquellos sectores que propugnaban la reprimarización de la economía. La inestabilidad política latinoamericana durante el período en cuestión se explica en gran medida por esta disputa de intereses y modelos.

La reconversión neoliberal

Con la crisis del petróleo como disparador, en la década de 1970 el mundo desarrollado asistió a la crisis tanto del modelo fordista como del estado de bienestar que, combinados desde la postguerra, habían garantizado el desenvolvimiento de la economía capitalista mediante políticas tendientes al pleno empleo y al cuidado del poder adquisitivo del salario. En paralelo, en América Latina esa misma coyuntura económica agudizaba las preexistentes debilidades del modelo ISI y ponía en cuestión la sobrevivencia del Estado de Compromiso.

Sería un error, sin embargo, considerar que una crisis terminal del modelo ISI era una consecuencia inevitable de esas dificultades, las cuales no implicaban necesariamente su agotamiento. Al contrario, con esas fragilidades confluyeron decisiones políticas de una poderosa alianza de intereses, conducentes al desmantelamiento tanto del modelo ISI como del Estado de Compromiso a través de la implementación de políticas neoliberales. No es casualidad que en el Cono sur esa programática fuera promovida por dictaduras militares con niveles de represión sin precedentes en la región, al menos en esa escala sincronizada.

El análisis de las transformaciones económicas en esta etapa requiere distinguir tres cuestiones: la caracterización de las medidas promovidas por los gobiernos neoliberales; la visualización de las distintas etapas de ese proceso; y la ubicación de las consecuencias de esas medidas en lo relativo a la reconversión de las estructuras económicas. Entre las principales medidas promovidas por la agenda neoliberal destacan la supresión de barreras arancelarias a las importaciones industriales; la desregulación de las actividades financieras; la toma acelerada y voluminosa de deuda externa; la privatización de empresas públicas; la flexibilización de las relaciones laborales; y el retiro del estado en materia de protección social.

En una primera etapa, con inicio aproximado a mediados de la década de 1970, las iniciativas neoliberales se orientaron, principalmente, hacia la desregulación de la economía, en especial del comercio exterior y las finanzas; y hacia el sobre endeudamiento externo de los estados nacionales. Tras un interregno en los ochenta, con gobiernos que, altamente condicionados por el endeudamiento previo, buscaron desarrollar sin éxito políticas moderadamente heterodoxas, en la década de 1990 los gobiernos neoliberales, además de

retomar con fuerza la agenda de los setenta, también avanzaron significativamente en iniciativas privatizadoras y, con diferencias de grado según los distintos casos nacionales, llevaron adelante un conjunto de acciones tendientes a la desregulación del mercado de trabajo.

La consecuencia de las políticas neoliberales fue una drástica reconversión de la economía, en donde destacan dos cuestiones principales: el avance del sector financiero en desmedro de las actividades productivas; y, al interior de los sectores productivos, el retroceso de la industria y el fortalecimiento de las actividades primarias orientadas al mercado externo. De este modo, valorización financiera, desindustrialización y re primarización de la economía son las tres principales consecuencias de las políticas neoliberales en el nivel de la estructura económica (Arceo, 2006).

Esas transformaciones económicas generarían, a su vez, relevantes cambios en la estructura social y en el protagonismo de diversos sujetos sociales. Por un lado, la desindustrialización generaba una retracción del movimiento obrero organizado, mientras que el incremento del desempleo proyectaba al centro de la escena a los trabajadores desocupados y a los informales. Por otro lado, la re primarización de la economía, en tanto iba de la mano de la ampliación de la frontera agrícola capitalista con la consiguiente desposesión campesina, de la consolidación del monocultivo y de los impactos medioambientales de la megaminería, también potenciaba el protagonismo de las demandas ambientalistas y las luchas campesinas.

Neoliberalismo, sujetos sociales y transformaciones políticas

En el marco del proceso ISI y del Estado de compromiso, se habían desarrollado en América latina dos modelos de articulación entre sindicatos y estado (De la Garza Toledo, 2001). En los países donde el estado de compromiso había adquirido formas populistas se había consolidado un modelo sindical de tipo corporativo, donde predominaba la colaboración entre estado y sindicatos, cediendo éstos algún margen de autonomía como contrapartida de las políticas de inclusión social, modelo que se corresponde con los casos en que la industrialización había llegado más lejos. En otros países donde el estado de compromiso adquiría formas “social demócratas”, la forma de articulación entre estado y sindicatos fue de tipo clasista, con menores márgenes de colaboración entre ambos y con mayor autonomía de las organizaciones representativas del movimiento obrero.

Ahora bien, en ambos casos la principal fuente de poder del sindicalismo era la masa de afiliados, tanto por su capacidad de movilización como por su aporte financiero. En virtud de ello, independientemente de que las respuestas al neoliberalismo difirieron, el proceso de desindustrialización afectó negativamente al conjunto del sindicalismo latinoamericano. El aumento del desempleo y del empleo informal redujo significativamente la afiliación sindical, y a ello se sumó el impacto del “terror del mercado”, esto es la retracción de las luchas en función del temor a perder el trabajo. Una mediana, aunque nunca absoluta, pérdida de protagonismo del movimiento obrero organizado en la lucha social fue consecuencia de estos procesos.

Si la desindustrialización tuvo como contracara la re primarización de la economía, este segundo proceso, al descansar principalmente en la innovación tecnológica, no se tradujo en un incremento del empleo en los sectores vinculados a las exportaciones de bienes primarios. De esto modo, la desindustrialización tuvo como principal consecuencia social el crecimiento de la desocupación urbana y de la preexistente economía informal. Ahora bien, lejos de constituir una reserva pasiva de mano de obra, estos desempleados articularon uno de los principales movimientos de resistencia al neoliberalismo.

En los espacios rurales la reprimarización tuvo como principal consecuencia la expansión de la frontera agrícola, pues, al compás de los cambios tecnológicos, se incorporaron a las

actividades primario exportadoras amplias áreas geográficas que anteriormente no eran rentables para ellas. Con la expansión de la frontera agrícola confluyeron los efectos medioambientales de la megaminería, con efectos desestructurantes sobre la economía doméstica campesina. Si bien el campesinado, en gran medida perteneciente a poblaciones originarias, era un sujeto preexistente, secularmente a la defensiva ante los avances de la gran propiedad, la magnitud de este avance durante las últimas décadas permite entender la centralidad que este sujeto adquiere en esta etapa, ante la desestructuración, tanto económica como cultural, de modos de vida tradicionales.

La reconversión neoliberal y las iniciativas tendientes al desmantelamiento del Estado de compromiso también tuvieron efectos sobre la dinámica política, en dos direcciones principales. Por un lado, en tanto los impactos negativos del neoliberalismo abrieron múltiples frentes –desocupación; cuestiones ambientales; demandas éticas, etc.– difíciles de reducir a un antagonismo central. Por otro lado, porque, ante la retracción del estado, la actividad política tradicional perdió gran parte de su capacidad de canalizar favorablemente demandas sociales. Fue necesario esperar a la primera década del siglo para que gran parte de estas resistencias se articularan en instrumentos políticos que intentaran redefinir nuevamente el papel del estado.

América Latina entre el ciclo de impugnación al neoliberalismo y la ofensiva neoconservadora (1999-2019)

Una de las formas de entender las condiciones de emergencia del periodo que proponemos analizar es volver sobre la fase del auge neoliberal en el contexto latinoamericano. Entre mediados de los ochenta, pero sobre todo durante la década de los noventa, los gobiernos de la región se adhirieron al llamado “Consenso de Washington”. Esto implicó la aplicación de un programa de reformas promovidas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial que, en el plano de lo económico, buscaba implantar un nuevo patrón de acumulación centrado en la valorización financiera del capital, la desindustrialización y la reprimarización de las economías latinoamericanas. Asimismo, en la mayoría de nuestros países, el neoliberalismo fue acompañado de la instalación de un nuevo modelo de dominación política (Svampa, 2005). La reestructuración neoliberal resultó en una acentuación de las desigualdades sociales preexistentes, en la fragmentación social ligada a las políticas de precarización y flexibilización de las relaciones de trabajo, y en la quita de derechos sociales básicos a amplios sectores de la población (Sader, 2004; Sader, 2008; Svampa, 2008).

Las transformaciones estructurales del mundo del trabajo implicaron la fragmentación, el debilitamiento y la desarticulación de las organizaciones sindicales tradicionales (Fair, 2008). Como contracara de este proceso, emergió un conjunto variado de nuevas identidades y sujetos colectivos que fueron cobrando centralidad al calor de las luchas contra los efectos regresivos de las políticas neoliberales. Se trataba de sectores precarizados urbanos, trabajadores desocupados y excluidos, campesinos e indígenas, que conformaron los denominados nuevos movimientos sociales (Dávalos, 2008; Svampa, 2009; García Linera, 2010). El Movimiento de los Sin Tierra en Brasil; el zapatismo en México; el movimiento piquetero en Argentina; los sindicatos campesinos y organizaciones indígenas en Bolivia, así como las nuevas organizaciones urbanas y rurales en Venezuela, son algunos de los ejemplos más relevantes. ***Durante este ciclo de luchas y resistencias al neoliberalismo se generaron las condiciones que dieron lugar a una nueva etapa histórica modificando el mapa político de la región.*** Al final, las diversas correlaciones de fuerzas

que resultaron de los procesos de activación social y política de los pueblos de la región se plasmaron en el ascenso de un conjunto heterogéneo de gobiernos populares (Arkonada y Klachjo, 2016).

La aceleración de estas luchas sociales que durante la primera década del siglo XX se expresaron en contra de la hegemonía neoliberal en América Latina permite explicar, en gran medida, el comienzo en buena parte de la región del comúnmente denominado “ciclo de impugnación al neoliberalismo”, etapa que entró en una nueva fase a partir de la crisis y reestructuración capitalista de mediados de la década de 2010 (Ouvina y Twihates Rey, 2018), como veremos más abajo. A continuación, mencionamos algunas de las características más importantes de este “ciclo de impugnación al neoliberalismo” que se dio en América Latina.

En primer lugar, como ya dijimos, una de las causas fundamentales de su emergencia fue el proceso de activación de luchas populares que desembocó en una serie de **gobiernos que cuestionaron abiertamente la herencia neoliberal**. El primer hito se dio en 1999, con la asunción de Hugo Chávez como presidente de Venezuela. Chávez junto con Lula da Silva en Brasil (2002), Néstor Kirchner en Argentina (2003), Tabaré Vázquez en Uruguay (2004), Evo Morales en Bolivia (2006), Rafael Correa en Ecuador (2007), Daniel Ortega en Nicaragua (2007), Fernando Lugo en Paraguay (2008) y Daniel Funes en El Salvador (2009) se inscriben en este ciclo de impugnación al neoliberalismo. Estos gobiernos incorporaron, con distintos grados de profundidad, las demandas populares que fundamentaron sus triunfos electorales. De esta forma, propiciaron un conjunto de transformaciones económicas, políticas y sociales, genéricamente calificadas de “progresistas” en comparación con las medidas neoliberales precedentes (Ouvina y Twihates Rey, 2018).

Claudio Katz (2006, 2016) identifica dos corrientes económico-políticas al interior del conjunto de estos “gobiernos progresistas”. Por un lado, la neodesarrollista, que agrupa las administraciones de Kirchner y Cristina Fernández en Argentina, Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, Tabaré Vázquez y Mugica en Uruguay y Correa en Ecuador. Estos gobiernos, de corte antineoliberal, privilegiaron la ampliación del consumo interno, sobre la base de una alianza entre trabajadores y burguesía industrial, y políticas asistencialistas. Por otro lado, la corriente socialista de los gobiernos de Chávez y Maduro en Venezuela, y de Morales Ayma en Bolivia, que aplicaron modelos más redistributivos mientras afrontaban serios conflictos con las clases dominantes de sus respectivos países. El neodesarrollismo y el socialismo se expresaron en los programas de integración regional del MERCOSUR y del ALBA, respectivamente [sobre todo esto, consultar la guía sobre “Gobiernos progresistas” de este material]. Cabe remarcar que durante este período hubo otros gobiernos de la región que fueron marcadamente neoliberales,

como los casos de Piñera en Chile, Uribe y Santos en Colombia, Fox y Peña Nieto en México. Estas administraciones se basaron en el ingreso de divisas para consolidar políticas económicas de apertura comercial y privatizaciones.

En segundo lugar, el “ciclo de impugnación al neoliberalismo” en América Latina se desplegó en **un contexto de la economía mundial caracterizado por el ascenso de China** como comprador de los commodities que produce la región, generando una tendencia de crecimiento económico que posibilitó la puesta en marcha de políticas redistributivas (Ouviña y Twihaites Rey, 2018). Según datos de la CEPAL (2014), China constituye un socio comercial clave para la región: es el primer mercado de destino de las exportaciones de Brasil y de Chile, el segundo de Perú, Cuba y Costa Rica; además, ocupa el tercer lugar entre los países de origen de las importaciones latinoamericanas (con un valor que representa el 13% del total). Por otro lado, la capacidad china de financiamiento para obras de infraestructura y como prestamista de última instancia convirtieron al país oriental en un contrapeso relevante al tradicional poder de los organismos financieros internacionales.

Un tercer rasgo del “ciclo de impugnación al neoliberalismo” en América Latina es la **reinstalación del Estado-nación como un actor central en la regulación de la vida social**, aunque cabe señalar que predominó en la región la utilización de recursos organizativos estatales existentes en vez de impulsar instancias sociales autónomas que fueran capaces de sostener el dinamismo social transformador. En el plano de las pujas redistributivas, frente a la lógica mercantil imperante el período neoliberal, los gobiernos progresistas ganaron capacidad tanto de arbitraje para mediar entre las distintas fracciones del capital como de intervención redistributiva entre capital y trabajo.

Por otro lado, si bien los estados adquirieron márgenes de autonomía propia frente al mercado mundial, se sostuvo un esquema productivo que no rompió con el del período previo. Y esto constituye un cuarto rasgo de este ciclo que estamos analizando: los esquemas productivos basados en la explotación de bienes naturales, que implican **extractivismo y reprimarización de la economía**, continuaron vigentes e incluso se profundizaron, en línea con el modelo de acumulación global vigente (Katz, 2006 y 2016; Ouviña y Twihaites Rey, 2018). En relación con lo anterior, la socióloga Maristella Svampa (2012) propuso el concepto de consenso de los commodities, en un juego de palabras que da cuenta de las continuidades estructurales con el período de auge neoliberal en un contexto de boom de los precios internacionales de las materias primas. Desde un enfoque diferente, Enrique Arceo (2009) plantea una mirada del debate sobre la tensión centro y periferia que afecta a los países latinoamericanos, donde el rasgo común es la apertura de las economías, el débil desarrollo de políticas industriales y una importante

presencia del capital extranjero. Sin embargo, en algunos países, como Bolivia, Ecuador y Venezuela se dio una importante transferencia de las grandes empresas extranjeras al Estado; mientras en otros, aunque no se logró alterar radicalmente el modo de acumulación ni reducir el peso del capital extranjero (Argentina, Brasil y Uruguay), sí se desarrollaron activas políticas sociales y un cambio en la política externas.

Por último, es relevante tener en cuenta que el ciclo de impugnación al neoliberalismo impulsó **un proceso de integración regional alternativo a, y en confrontación con, la hegemonía estadounidense**. Según Ouviaña y Twhaites Rey durante este período se recompuso la identidad latinoamericana y se tomó distancia del recetario del “Consenso de Washington”, cuestiones que se manifestaron claramente en 2004, con la constitución del ALBA (Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América), y en 2005, con el rechazo, en la ciudad argentina de Mar del Plata, al proyecto del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), impulsado por Estados Unidos¹. Cabe señalar que la derrota del ALCA no implicó, sin embargo, la pérdida de incidencia estadounidense en América Latina. Ante la imposibilidad de imponer un proyecto de índole continental, EE.UU. optó por avanzar con la firma de Tratados de Libre Comercio de carácter bilaterales, en particular con países donde predominaron coaliciones de derecha (México, Colombia, Chile y Perú, entre otros) (idem).

Como respuesta a las conquistas sociales que resultaron de las políticas de intervención estatal sobre la renta, en el marco de una crisis mundial como la que vimos abrirse en 2008, agotado el período de bonanza económica fundado en el alza de los precios internacionales de los commodities exportables, se activó una **escalada ofensiva de las derechas del continente que marcó la segunda parte del periodo**. Las primeras expresiones de esta avanzada neoconservadora se manifestaron en el despliegue de una estrategia destituyente, que se aplicó de manera fallida en el caso de Ecuador en 2010, pero exitosamente con el golpe a Manuel Zelaya en Honduras en 2009. Asimismo, las derechas pusieron en marcha otras vías de acción novedosas, como el levantamiento separatista del oriente en Bolivia, cuando el país se abocaba a sancionar su nueva Constitución Política y establecerse como Estado Plurinacional. También es el caso del lock-out patronal en Argentina contra las medidas de captación estatal de una parte de la renta agraria. Desde 2015 también se dieron una serie de éxitos electorales por parte de las oposiciones antipopulares en Argentina, Venezuela y Bolivia. Estos triunfos por la vía democrática se apoyaron en un ejercicio constante de movilización activa de sus bases de apoyo y en el control

1) Sobre este tema ver el apartado “El escenario latinoamericano en disputa: crisis del Neoliberalismo y emergencia de gobiernos populares a comienzos del Siglo XXI (1999-2019)” en la segunda parte de la presente.

de las agendas mediáticas de alcance masivo. En este sentido, puede decirse que el avance de las derechas supuso una nueva modificación en la correlación de fuerzas que se suponía congelada en favor de los sectores populares, manifestando los límites intrínsecos del ciclo de impugnación al neoliberalismo (Linera, 2016; Svampa, 2017; Thwaites Rey, 2020). Con el golpe judicial-parlamentario-mediático contra Dilma Rouseff, el encarcelamiento del ex-presidente Lula da Silva y el posterior triunfo electoral del neofascista Jair Bolsonaro, quedaba claro que el momento político era ya otro, de características regresivas, donde los sectores dominantes estaban decididos a agotar todo el arsenal de recursos y vías de acción necesarias para poner fin al ciclo progresista. El golpe de Estado al gobierno de Evo Morales en noviembre de 2019 constituyó la última expresión de este ciclo ofensivo (Kohan, 2019; Thwaites Rey, 2020). Mediante la concreción de un plan que combinó el accionar conjunto de la dirigencia política tradicional, la operación mediática del periodismo opositor y el despliegue coordinado de los llamados “cívicos”, se generó un escenario de desestabilización política y violencia civil con componentes racistas, que desembocó en la intervención directa de las FFAA, la renuncia forzada y exilio del presidente, así como la instalación ilegal en el gobierno por parte de Jeanine Añez. El golpe condensó todo el acumulado reaccionario que venía gestándose desde el ascenso del MAS al gobierno, en un gran momento para la economía nacional². A su vez, terminó definitivamente de echar por tierra aquella hipótesis que sostenía la idea de que la “nueva” derecha latinoamericana era afín a los valores democráticos (Giordano, 2014). Los niveles de represión y violación a los derechos humanos más bien reactualizaban un sustrato autoritario que recordaba lo peor las dictaduras de los 70 y los 80. El golpe de Estado a Evo Morales, junto a las rebeliones populares de Chile y Ecuador ese mismo año, y el éxito electoral de la dupla Fernandez-Fernandez en nuestro país, representó cabalmente el carácter abierto y en disputa de un escenario latinoamericano complejizado aún más por la coyuntura pandémica.

2) La Voz (Sábado 12 de octubre de 2019) “Los números del milagro boliviano que sorprenden” recuperado de: <https://www.lavoz.com.ar/mundo/numeros-del-milagro-boliviano-que-sorprenden/>

Bibliografía utilizada

Ansaldi, W. (2006). *La democracia en América Latina, un barco a la deriva, tocado en la línea de flotación y con piratas a estribor. Una explicación de larga duración*. En W. Ansaldi (director). *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 53-121.

Ansaldi, W. y Giordano, V. (2012). “Crisis de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), crisis de la deuda e implantación de un nuevo modelo económico” y “El águila herida en un ala”, en W. Ansaldi & V. Giordano *América Latina. La construcción del orden. Tomo II De las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración*. Buenos Aires: Ariel, pp. 661-682.

Arceo, E. (2006). El fracaso de la reestructuración neoliberal en América Latina. Estrategias de los sectores dominantes y alternativas populares. En E. Basualdo y E. Arceo (compiladores). *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 27 - 65. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20101101025029/3C01Arceo.pdf>

Arceo, E. (2009). Los límites de un crecimiento exportador sin un cambio estructural. En E. Arceo y E. Basualdo, Eduardo (comps). *Los condicionantes de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100628092542/arceobasualdo.pdf>

Cunil Grau, P. (1999). La geohistoria. En M. Carmagnani, A. Hernández Chavez y R. Romano. *Para una historia de América I. Las estructuras*. México: El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, pp. 13- 159.

Dávalos, P. et. al. (2008). “Los movimientos sociales a la vuelta del siglo: sistema político, estructura socioeconómica y organización en América Latina”. En B. Levy y N. Gianatelli (compiladoras). *La política en movimiento. Identidades y experiencias de organización en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO. pp, 379 - 396. Disponible en:

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20160318035754/12epi.pdf>

De la Garza Toledo, E. (2001). "Las transiciones políticas en América Latina, entre el corporativismo sindical y la pérdida de imaginarios colectivos". En E. De la Garza Toledo (Compilador). *Los sindicatos frente a los procesos de transición política*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 9-23.

Fair, H. (2008). El Plan de Convertibilidad y el sindicalismo durante la primera presidencia de Menem, *Trabajo y sociedad*, (10), pp. 1-17. Disponible en: <https://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/FAIR.pdf>

García Linera, A. (comp.) (2010). *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia: estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política*. La Paz: Plural editores. Disponible en: http://biblioteca.clacso.edu.ar/Bolivia/agruco/20171003032431/pdf_552.pdf

García Linera, A. (2016). "¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias?" En E. Sader (coord.). *Las vías abiertas de América Latina*. Caracas: CELAG. pp. 9-48. Disponible en: <https://www.celag.org/wp-content/uploads/2017/06/las-vias-abiertas-para-web.pdf>

Halperin Donghi, T. (1986). *Historia Contemporánea de América Latina*. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Katz, C. (2007). "El escenario latinoamericano". En J. Gambina (comp.) *¿Hacia dónde va el sistema mundial? Impactos y alternativas para América Latina y El Caribe*. Buenos Aires: FISyP-CLACSO. pp. 301-314. Disponible en: http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/fisyp/20190731051123/sistema_mundial.pdf

Katz, C. (2016). *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*. Buenos Aires: Batalla de Ideas.

Kohan, N. (2019) Golpe de estado en bolivia: debates pendientes y silencios cómplices. Disponible en: <https://www.lahaine.org/b2-img19/KohanGolpeBolivia.pdf>

Mirza, C. (2014). (Re) construcción de las matrices de bienestar en América Latina: los dilemas de las izquierdas latinoamericanas. Buenos Aires: CLACSO. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140505044113/MatricesDeBienestar.pdf>

Moyano, J. (2013). Problemas y conceptos en torno a la caracterización de los regímenes políticos

latinoamericanos en el siglo XIX y primeras décadas del XX. *Revista Electrónica da ANPHLAC*, (14), pp. 133-156.

Ouviña, H. y Twaites Rey, M. (comps.). (2018). *Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO-El Colectivo Editorial.

Soler, R. (1987). *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*. México: Siglo XXI Editores.

Suter, C. (1995). Las fluctuaciones cíclicas en las inversiones extranjeras en 1850-1930: el debate histórico y el caso latinoamericano. En C. Marichal, Carlos (coordinador). *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930. Nuevos debates y problemas en historia económica comparada*. México: El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas y Fondo de Cultura Económica.

Svampa, M. (2009). "Protesta, Movimientos Sociales y Dimensiones de la acción colectiva en América Latina" Disponible en: <http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo57.pdf>

Svampa, M. (2012). Consenso de los commodities, giro ecoterritorial y pensamiento crítico en América Latina. *OSAL*, (32), pp. 15-38. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20120927103642/OSAL32.pdf>

Svampa, M. (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo. Gobiernos progresistas, extractivismo y movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires-Edhasa, pp. 145 a 162.

Twaites Rey, M. (2020). "Estados en disputa. Auge y crisis del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina (1999-2019)". En J. Puello Socarrás (ed.) *Contra Nuestramérica. Estrategias de la derecha en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO. pp. 131-145.

Segunda parte.

Dimensiones para pensar desde América Latina.

La emergencia del (los) Pensamiento(s) Latinoamericano(s): una breve aproximación

Julieta Almada, Nicolás Daniele, Ana Nicotra, Guadalupe Yriart Daghero, y Micaela Sánchez.

Hacia finales del siglo XIX, y a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, América Latina fue escenario de acaloradas discusiones, e impugnaciones dirigidas al orden político e ideológico hegemónico vigente. Nuevos interrogantes motivaron estas reflexiones, entre los que se incluyen la preocupación por el expansionismo estadounidense, la discusión sobre los horizontes de inclusión e identidades nacionales, la relación entre el estado y “la nación”, el potencial político de “la nación” como motor de progreso, entre otras tantas cuestiones. Así se irá amalgamando esto que Altamirano (2005) describe, citando para ello a Bourdieu, como un “campo intelectual”.

Los escritos de Martí, así como la prédica que enarboló Rodó en *Ariel* (1898) son expresiones emergentes que preanuncian el desarrollo de un pensamiento latinoamericanista de decidida apuesta por lo identitario como reacción ante el expansionismo norteamericano. Fue allí donde cristalizó la representación de Estados Unidos como tierra del “pragmatismo” y del norteamericano como un “sujeto tosco”, “escasamente ilustrado” y volcado casi exclusivamente a “habilidades prácticas”, regidas por la “lógica del interés económico” (Terán, 2004, p. 51). En efecto, al menos desde finales del siglo XIX, primero como patrimonio de las elites intelectuales y políticas, y luego como una sensibilidad de notable arraigo masivo, se configuró en torno de la denuncia del fenómeno imperialista una de las acusadas ideas-fuerzas del siglo XX. Desde entonces, “el imperialismo” se mostró como una categoría omniabarcativa que ofició como articuladora de un campo simbólico de notables efectos políticos. La retórica antiimperialista supo cumplir un papel medular en la construcción de consensos y legitimidades, y la propia historia de la cultura política nacional-popular resulta incomprensible si no se consideran los usos históricos de motivos antiimperialistas (Bergel, 2011, p. 154). Sobre esta plataforma de reflexiones cabalgarían, en gran medida, las representaciones políticas de aquellos referentes políticos e intelectuales críticos de la realidad durante largas décadas.

Primer Anti-imperialismo americano

A finales del siglo XIX y principios del XX, coincidente con la percepción de agotamiento de los proyectos modernizadores decimonónicos, la consolidación de la hegemonía de Estados Unidos sobre América latina generó un movimiento intelectual caracterizado por las reflexiones identitarias y las propuestas de solidaridad continental para contener la expansión de la nueva potencia. De esta manera, se configuró la generación del primer antiimperialismo.

Tras la guerra de 1898³, se produjo un cambio de percepción de las elites americanas respecto a la figura de Estados Unidos. Ese país pasó a ser advertido como fuente de peligro y amenaza para América latina, siendo identificado como el “nuevo colonizador”. Mientras, una España derrotada despertaba, en cierta medida, sentimientos de solidaridad en tanto ex metrópoli, desplazada del escenario internacional. La nueva percepción sobre Estados Unidos habilitó la configuración de dos porciones continentales antagónicas en América, portadoras de culturas y valores diferentes, el espacio latino y el sajón. Lo “latino” y su recuperación en un discurso construido en torno a la oposición con un Estados Unidos bárbaro, materialista, ostentoso, vulgar, fue condensada inicialmente en las figuras del Calibán y de Ariel (Colombi, 2004). Si bien este discurso hispanoamericano -basado en la identificación entre Estados Unidos, promotor de numerosas injerencias territoriales, y la categoría imperialismo (Terán, 1986, p. 87)- se orientó hacia formas espiritualistas -como el arielismo- incluyó también otras que articularon una perspectiva estética tanto como una noción histórico- política del fenómeno imperialista (Maíz, 2003). De este modo, la percepción de una comunidad latinoamericana se configuró atravesada por la experiencia del viaje moderno o novecentista de una generación de intelectuales latinoamericanos que presentaban frecuente movilidad desde la periferia hacia los centros de producción de conocimiento, es decir, las metrópolis europeas, como París y, en menor medida, España (Colombi, 2008, p. 544). Desde Europa, por su parte, América era percibida como conjunto, identificando problemáticas comunes al continente americano, habilitando el imaginario en torno a un espacio comunitario ampliado a nivel continental.

La respuesta hispanoamericana se contrapuso al modelo panamericanista, modelo de integración continental propuesto por Estados Unidos, bajo el cual se escondían sus pretensiones hegemónicas de control político y económico de los territorios latinoamericanos. Las propuestas panamericanas consistían en la articulación comercial y en el establecimiento de

3) Nos referimos al conflicto bélico que enfrentó a España y a los Estados Unidos en ese año. Fue el resultado de la intervención estadounidense en la guerra de Independencia cubana. Al final del conflicto España fue derrotada perdiendo los territorios de Cuba (quedó bajo tutela de Estados Unidos), así como de Puerto Rico, Filipinas y Guam, que pasaron a ser dependencias coloniales de Estados Unidos..

un sistema de arbitraje, conocido como la Pax Americana, bajo la dirección de Estados Unidos (Maíz, 2003, p. 253). Esta posición tuvo expresión en la Conferencia Panamericana de Washington de 1889 y en la Conferencia Monetaria en 1891, donde se manifestaron las pretensiones hegemónicas de la nueva potencia y sus intereses comerciales en el Caribe y en el resto del continente.

Esta generación se caracterizó por el énfasis en la búsqueda de aquello que nos particulariza y nos distingue, como punto de partida para la construcción de un saber original de América, habilitando la posibilidad de una autonomía cultural que diera paso a una autonomía política (Devés Valdés, 1997, p.17). En ese marco, recuperan lo artístico y lo cultural, antes ignorado en pos de lo científico y lo tecnológico.

Las teorías del desarrollo en América Latina

Pensar a Latinoamérica a partir de la década de 1930, supone contemplar las transformaciones en la estructura económica, política, social y cultural mundial derivadas de la Gran Depresión primero, y de la Segunda Guerra Mundial luego. En el marco de este periodo de posguerra, algunas de las principales producciones teóricas desplegadas en el área de las ciencias sociales latinoamericanas, giraron en torno a las características y posibilidades de desarrollo de los países periféricos, trasladando y enfocando la mirada hacia las razones que explican el desigual desarrollo económico y social de ciertas regiones del planeta en comparación con otras.

Un primer momento está caracterizado por la producción de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), institución dependiente de Naciones Unidas, constituida como organismo promotor de las teorías del desarrollo. De la mano de Raúl Prebisch comenzarán los principales aportes de esta institución al pensamiento económico latinoamericano. El economista tucumano en 1949 publicó *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, donde aborda un conjunto significativo de problemáticas que entretienen la realidad latinoamericana. El texto combina el análisis de los fenómenos del desarrollo en los países de América Latina, las transformaciones en la economía o más precisamente en el comercio internacional, con juicios sobre las direcciones en que los gobiernos han impulsado las transformaciones sociales y económicas, sus limitaciones y efectos, así como la articulación de propuestas de políticas y el señalamiento de la dirección que deberían tomar las decisiones estratégicas de los estados latinoamericanos (Reche y Almada, 2020). Con un discurso claramente dirigido a los responsables políticos de los estados miembros, el análisis presentado parte de la preocupación

central respecto al estrangulamiento externo que se manifestaba, de manera cada vez más acuciante, en el conjunto de países de la región, fundamentalmente en aquellos que más habían avanzado en el desarrollo industrial. El marco económico de estos planteamientos sintetiza los tópicos sobre los que girará la reflexión económica latinoamericana durante toda la década de 1960 y parte de la siguiente: la tendencia recurrente hacia el estrangulamiento externo.

De esta manera, el elemento que viene a explicar la profundidad estructural que provoca la crisis de la balanza de pagos en los países latinoamericanos, a medida que avanzan en el proceso de industrialización, se encuentra en la misma debilidad congénita de la periferia producida por el deterioro de la relación de precios de intercambio. En pos de dar herramientas a los países en términos de formulación de proyectos y políticas públicas en este contexto, se creó el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES) donde Prebisch fue director durante varios años. Además, como forma de divulgar el trabajo de la CEPAL y el ILPES, se fundó la “Revista CEPAL” que Prebisch –padre del *estructuralismo latinoamericano*– dirigió entre 1976 y 1986 (Rapoport y Guiñazu, 2016).

Sin embargo, partir de mediados de los años 50 se experimentará, incluso dentro de la CEPAL una serie de rupturas teóricas que expresarán, desde el ámbito de la reflexión y producción intelectual, la crisis de la posición política asumida en torno a la posibilidad de un desarrollo autónomo del capitalismo latinoamericano, dirigido por la burguesía industrial; aquí principalmente encontramos a Celso Furtado y, anteriormente, a María Conceçao Tavares. Así, la necesidad de re-caracterizar al capitalismo periférico mostrará grandes diferencias en sus filas, pues diversos trabajos volverán la mirada hacia la dependencia como elemento interno de las economías latinoamericanas, y como factor constitutivo de las estructuras regionales.

Es preciso destacar que el desarrollo teórico que caracteriza las décadas de los ‘60 y ‘70 en América Latina, encuentra a otro de sus representantes, Ruy Mauro Marini, pensando desde un enfoque crítico a la teoría económica dominante del momento (la teoría de la modernización de Rostow), y su particular adopción en América Latina: el desarrollismo. Este proceso no es ni unívoco ni único, sino que se desarrolla, desde diferentes lugares geográficos y teóricos, al interior del marxismo.

Las teorías de la modernización, por su parte, tenían dos grandes conjuntos de supuestos: por un lado la posibilidad de equiparación de los diferentes países y una homogeneización productiva a través del crecimiento económico; y, por otro lado, el presupuesto de que el desarrollo económico debía conllevar a un determinado modo de organización política, la democracia de tipo liberal, frente a las propuestas voluntaristas de cambio social que inspiraron a –y se desarrollaron a partir de– la revolución bolchevique del ‘17. Como respuesta crítica surge

entonces la Teoría de la dependencia en la década de 1960, cuya culminación será la formulación (inacabada) de la Teoría Marxista de la dependencia (TMD) (Sotelo Valencia, 2005). Ésta permitirá abordar el estudio de las peculiaridades de la economía latinoamericana que conforman el *capitalismo sui generis*, característico del continente americano. El mismo “...sólo cobra sentido si lo contemplamos en la perspectiva del sistema en su conjunto, tanto a nivel nacional como, y principalmente, a nivel internacional” (Marini, 2008, p. 108).

Como ya señalamos, desde los centros hegemónicos de producción académica, la modernidad fue teorizada como un proceso de autonomización y especialización creciente de los distintos campos de lo social en su universalidad, en la totalidad de los países. Sin embargo, en la periferia latinoamericana surge, primero con la escuela estructuralista y luego con las teorías de la dependencia, la construcción de una visión crítica, propia de los países latinoamericanos. De esta manera, pusieron en jaque tanto la autonomía de las esferas sociales, como la posibilidad de hallar “leyes universales” capaces de explicar la realidad.

Siguiendo estas reflexiones teóricas, desde las teorías marxistas de la dependencia se plantea que es precisamente el capitalismo un modo de producción que tendió a reproducirse históricamente a través de fenómenos como la dependencia comercial, financiera, tecnológica y cultural, la sobreexplotación del trabajo (Marini, 2008), la transferencia de plusvalía, la concentración y centralización del capital, la conquista, la colonización, el ejercicio de la violencia militar y simbólica, entre otros, todo lo cual fue asimilado de manera diferenciada por los países subdesarrollados, que, a su vez, presentaban en sus estructuras internas contradicciones reproductivas de esa condición ya asimétrica. Por consiguiente, impera en esta lógica contradictoria del capitalismo, teorizada por Marx, un desarrollo desigual a raíz del posicionamiento conflictivo, jerárquico y polarizante de individuos y sociedades.

En síntesis, al antagonismo inerte en el flujo social a partir del cual Marx explica el desarrollo de la acumulación de capital y, por ende, al sistema capitalista, es susceptible de ser trasladado desde el plano de los agentes que participan en él (capitalistas-proletarios), a uno más general: el de las sociedades del centro y la periferia, el de los países desarrollados y los subdesarrollados. La base de este proceso se encuentra en la enajenación capitalista, en ese proceso de cosificación del producto del trabajo (trabajo vivo como actividad creadora de valor), de los productos de las relaciones sociales. Por ende, los procesos de explotación, jerarquización y subordinación, no sólo tienen lugar entre las personas insertas en este dinamismo social, sino también entre sociedades con distintas estructuras, condicionadas por un histórico proceso de imposición de poder. De ahí que desarrollo y subdesarrollo sean contrapartes y complementos en estrecha interacción, conducentes a la conformación de una totalidad sujeta a la dinámica de

la sociedad capitalista; deriva de ello la necesidad de concebir ambos procesos como una dialéctica que no responde a una línea recta evolutiva, sino a un proceso distorsionado con progresiones y regresiones.

Cabe señalar, finalmente, que la producción teórica de la época invita a pensar el fenómeno de imperialismo y neocolonialismo en relación con estructuras nacionales e internacionales de dominación, pero también en función de una dialéctica histórica que permita incorporar las contingencias, las condiciones específicas que, a la vez, colaboran para modificar esas estructuras. Significa redefinir las unidades de análisis, reelaborar nuestras categorías y articular los discursos teóricos con programas de acción, con la praxis política. En definitiva, si bien las distintas variantes presentan problemas en sus desarrollos teóricos, su relectura, tanto como su problematización, a la luz de los procesos acontecidos y por acontecer, puede resultar de gran utilidad para pensar y repensar la historia reciente latinoamericana, como así también, ampliar el horizonte de visibilidad de las problemáticas futuras.

Nuevos sujetos, nuevos debates: la cuestión de género en el pensamiento latinoamericano

El desarrollo del pensamiento crítico latinoamericano en materia de género trajo consigo el avance en la ampliación y conquista de derechos en tanto se vio motorizado al mismo tiempo por los movimientos feministas, primero durante el siglo XX, y luego, con mayor virulencia, en el XXI.

Es preciso, además, considerar a los movimientos feministas en clave local, pues aquellos desarrollados en las costas atlánticas, con gran influencia de la inmigración y con su consecuente influencia política, distan mucho de aquellos que aún se continúan desarrollando en el centro del continente americano y en la costa Pacífica, regiones donde predominan las ascendencias indígenas (Barrancos, 2020).

Debemos reconocer, sin embargo, que los procesos de colonización cultural dieron lugar, en muchos casos, a la adopción acrítica del feminismo europeo. No obstante, al resurgir en los años 70 con la denominada “segunda ola”, en el continente comenzó a gestarse aquello que conocemos como feminismo decolonial, el cual apunta a deconstruir la idea de mujer como idea universalizadora, y a entender la existencia de una pluriculturalidad en el continente que plantea a estos feminismos la necesidad de romper con el eurocentrismo, y de nutrirse de saberes indígenas, afros, etc., reconociendo que la sujeción de la mujer no sólo obedece al género, sino también a la raza y a la clase. Estudios más recientes además han abordado similares dimensiones en torno a las masculinidades y los transgéneros. Es decir, el feminismo decolonial invita a

replantear las ideas adoptadas desde la modernidad por el feminismo blanco burgués; en palabras de Yuderkis Espinoza Miñoso, se trata de “reformular la mirada producida por la matriz colonial y la razón imperial”. Este cambio de mirada permitió generar nuevas claves interpretativas de nuestra historia. Así, los análisis históricos centrados en los estudios de género han demostrado que la acumulación del capital y el desarrollo del sistema capitalista occidental fue posible mediante la configuración de las sociedades tras la colonización, donde la cultura impuesta situó a la mujer en una condición de subalternidad (Federici, 2004), reconfigurando el poder político y social en favor del hombre, resignificando a los cuerpos femeninos como elementos de sostén de las civilizaciones; es decir, se considera, además de un elemento productivo, un elemento reproductivo, sostén del sistema capitalista, y ello deviene en nuestros días en el concepto de “doble presencia” (Carrasquer Oto 2009, p.6).

Bibliografía utilizada

Altamirano, C. (2005). De la historia política a la historia intelectual: reactivaciones y renovaciones. *Prismas revista de historia intelectual UNQ*, (9), pp. 11-18.

Barrancos, D. (2020). *Historia mínima de los feminismos en América Latina*. México: El colegio de México.

Barroso, J. M. (2014). Feminismo decolonial: una ruptura con la visión hegemónica eurocentrica, racista y burguesa. Entrevista con Yuderkys Espinosa Miñoso. *Iberoamerica social: revista-red de estudio sociales*, (III), pp.22-33.

Carrasquer Oto, P. (2009). *La doble presencia. El trabajo y el empleo femenino en las sociedades contemporáneas*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.

Colombi, B. (2004). *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina 1880-1915*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

Deves Valdez, E. (1997). El pensamiento latinoamericano a comienzos del siglo XIX: la reivindicación de la identidad, *CUYO Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, (14), pp. 11-75.

Dos Santos, T. ([1969] 2017). La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina. En H. Jaguaribe et. al. *La dependencia político-económica de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Federici, S (2004). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Halperín Donghi, T (2008). La CEPAL en su contexto histórico. *Revista de la CEPAL*, (94), pp. 7-27.

Prebisch, R. ([1949] 2012). *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas* (fragmento: puntos I, II y III). Santiago de Chile: CEPAL.

Marini, R. ([1973] 2008). Dialéctica de la dependencia. En C. MARTINS (compilador). *América Latina, dependencia y globalización. Fundamentos conceptuales*. Bogotá: CLACSO.

Maíz, C. (2003). *Imperialismo y cultura de la resistencia. Los ensayos de Manuel Ugarte*. Córdoba: Ferreyra Editor.

Nahón, C.; Rodríguez Enríquez, C. y Schorr, M. (2006). El pensamiento latinoamericano en el campo del desarrollo del subdesarrollo: trayectoria, rupturas y continuidades. [En F. Beigel, A. Falero, & N. Kohan \(2006\). *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO.](#)

Prebisch, R. ([1963] 1982). Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano. En A. Gurrieri. *La obra de Prebisch en la CEPAL*. Vol. 2. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 137-227.

Rapoport, M., & Guiñazú, S. (2016). Raúl Prebisch: Historia, pensamiento y vigencia de la teoría de la transformación para el desarrollo de América Latina, *tiempo&economía*, 3(2), pp. 55-77.

Reche, F. & Almada, J. (2020). La crítica del estructuralismo latinoamericano a la industrialización y los orígenes de la “tesis del agotamiento” de la ISI. Un abordaje a partir de lecturas de Prébisch, Tavares y Furtado. *Historia Regional*, no 43, pp. 1-17.

Sotelo Valencia, A. (2005): *América Latina: de crisis y paradigmas. La teoría de la dependencia en el siglo XXI*. México: UNAM.

Terán, O. (1986). *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos.

La dimensión Afro en América Latina

Micaela González Valdés e Isabel Naranjo

Introducción

El tráfico de personas esclavizadas desde el continente africano hacia “el nuevo mundo” forma parte de la larga historia de explotación colonial del continente americano. Las personas esclavizadas cumplían un rol esencial en la economía colonial, siendo el trabajo forzado clave para la producción y /o extracción de materias primas, sobre todo en aquellos territorios donde la población indígena originaria había sido diezmada con el proceso de conquista y colonización.

Desde las teorías decoloniales y poscoloniales, se ha abordado ampliamente el impacto de la “raza” en las configuraciones sociales modernas. En este sentido, Aníbal Quijano apunta a la raza como el instrumento de dominación colonial más poderoso que haya sido utilizado en los últimos siglos (Quijano, 1999, 2000a, 2000b, 2007, 2014). El concepto de “raza” se asienta en la idea de que existe una discrepancia biológica entre pueblos europeos y no-europeos, y que, consecuentemente, estos últimos pertenecen a un nivel inferior (Quijano, 2014, p. 759). Bajo este presupuesto, las diferencias culturales también se encuentran asociadas a tales desigualdades biológicas. Estos elementos, señala el autor, “han configurado de manera profunda y duradera todo un complejo cultural, una matriz de ideas, de imágenes, de valores, de actitudes, de prácticas sociales, que no acaba de estar implicado en las relaciones entre las personas, inclusive cuando las relaciones políticas coloniales ya hayan sido canceladas” (Quijano, 2014, p. 759). Bajo la imposición de la idea de raza como un criterio básico de clasificación social universal, se fundó el eurocentrismo del poder mundial capitalista⁴ y la división mundial tanto del trabajo, como del intercambio. Asimismo, sobre esta construcción se dibujaron las diferencias en la respectiva configuración específica del poder, que resultó de una importancia trascendental dentro del proceso de democratización de estados, sociedades, y también en la propia formación de estados-nación modernos (Quijano, 1999, pp. 141-142 énfasis en el original). Así, a lo largo de la historia, los emergentes Estados latinoamericanos y caribeños fueron configurando internamente distintas maneras de clasificación social y abordaje de “la diferencia” dentro de sus sociedades. A continuación, a partir de una breve caracterización de los casos de Haití, Colombia

4) Ver Quijano 2000a

y Brasil, daremos cuenta de tres procesos distintos en cuanto al abordaje de la negritud.

Haití y su revolución como hito del antirracismo

Haití fue el primer país en independizarse dentro del continente americano, mediante una revolución llevada adelante por esclavizados entre los años 1791 y 1804. Saint-Domingue, cómo era conocida entonces, se encontraba bajo el dominio francés, y durante la etapa colonial se había convertido en la mayor economía azucarera del mundo, y en una pieza clave para Francia (Ansaldi y Giordano, 2016, pp. 177-179). Aquella economía se asentaba en la explotación y violencia extrema hacia la población esclavizada traída de África, como parte del sistema comercial triangular entre África, las Antillas y Francia (Ansaldi y Giordano, 2016, pp. 178-179). Como apunta Mignolo, “fue con y a partir del circuito comercial del Atlántico cuando la esclavitud se convirtió en sinónimo de negritud” (Mignolo, 2000, p. 39).

La influencia del proceso revolucionario en Haití y la declaración de su nueva Constitución en 1805, con la inclusión del artículo 14 estableciendo que “todos los ciudadanos, de aquí en adelante, serán conocidos por la denominación genérica de negros” (Constitución imperial de Haití, 1805), suscitaron grandes controversias para la visión del mundo de la época, dónde la esclavitud y el racismo eran regla, y extiende sus consecuencias hasta la actualidad. Como señala Grüner (2012), la Constitución y el nuevo Estado haitiano politizaron el sentido de las distinciones de “raza” y color de piel: desde ese momento ser negro, blanco o mulato fue comprendido en el país como una problemática política heredada de la historia, sin relación alguna con la biología o la ciencia (Grüner, 2012, p. 392).

Desde la perspectiva de la colonialidad del poder⁵, la revolución e independencia de Haití resulta un caso único. Recuperando el argumento de Quijano (2014), es allí, “dónde la población esclava y “negra”, la base misma de la dominación colonial antillana, la que destruye junto con el colonialismo, la propia colonialidad del poder entre “blancos” y “negros” y la sociedad esclavista como tal” (Quijano, 2014, p. 768). Pese a haber sido arrasado más tarde por la intervención neocolonial de los Estados Unidos, el de Haití es el primer momento mundial en que se juntan la independencia nacional, la descolonización del poder social y la revolución social (Quijano, 2014, p. 768). Haití conformó su Estado reivindicando la negritud, y proponiéndola como categoría

5) Colonialidad del poder es un concepto central del pensamiento de Anibal Quijano. Hace referencia a un patrón específico de dominación global característico del sistema-mundo capitalista moderno que surge en América Latina con el colonialismo europeo en el siglo XVI. Las clasificaciones étnico/raciales resultan elementos fundantes dentro e esta perspectiva. Ver: Quijano, 1991, 2000a, 2007, 2014.

universal⁶; la revolución haitiana puede ser considerada, entonces, como el primer hito del antirracismo en el continente y en el mundo.

Brasil y Colombia. Entre procesos sociales y reflexiones teóricas

En cuanto a Colombia y Brasil, la construcción de ideas en torno al continente africano y a las herencias que de éste podían ser constatadas en ambos países, guardó relación con transformaciones derivadas de las dinámicas impuestas por el diálogo entre preocupaciones teóricas y acontecimientos históricos específicos. En distintos momentos, las definiciones de África y su presencia en el Nuevo Mundo se inscribieron y reinventaron sobre la experiencia común de la esclavitud, siendo aquel continente la fuente de símbolos que alimentó el proceso creativo de formación cultural.

Las experiencias coloniales diferenciadas se encargaron de diseñar las rutas por las cuales se habrían de establecer los lazos de comunicación con los espacios africanos. Así, en el Nuevo Reino de Granada (actual Colombia) el crecimiento y el fortalecimiento del comercio interno de esclavos en el siglo XVIII implicaron una importante reducción en la entrada de africanos por los puertos comerciales y el consecuente debilitamiento de las transacciones directas con los puertos del continente africano. En el Brasil, en tanto, la prolongación del sistema esclavista hasta los últimos años del siglo XIX y la importancia de los flujos de personas y mercancías entre el Nordeste brasileño y la Costa Occidental africana significó la extensión y la perdurabilidad en el tiempo de los vínculos con los espacios geográficos africanos.

Por otro lado, el lugar conferido al África en la formación de identidades nacionales en ambos países fue evidentemente distinto, pero estuvo lejos de ser radicalmente opuesto. Durante dichos procesos, en los cuales modelos teóricos foráneos tuvieron una influencia preponderante, el continente africano ocupó posiciones ambiguas, que incluyeron desde el rechazo de sus herencias hasta las reivindicaciones basadas en la apropiación de elementos culturales previamente despojados de su africanidad para poder convertirse en símbolos nacionales. La estructuración de las disciplinas académicas y la formulación de sus objetos de estudio trajeron lecturas diferenciadas acerca del África, los africanos y sus descendientes en las Américas, con tendencias más o menos similares, tanto en Colombia como en Brasil. Por su parte, los movimientos sociales y políticos contribuyeron a la creación de escenarios que dieron lugar a nuevas interpretaciones, erigidas sobre imágenes reales o míticas sobre África y su historia.

6) Para ampliar ver Grüner, 2010.

Estructuras de conocimiento⁷ oriundas de los espacios metropolitanos operaron en cada uno de estos países, obligando al diseño de estrategias que justificaron la vigencia de modelos teóricos y conceptuales explicativos de realidades tan diversas como las existentes en los territorios americanos. El papel de algunos intelectuales, comprometidos con la proyección de la idea de Estado-Nación en el siglo XIX, incidió de manera determinante en la forma en que África y sus descendientes fueron concebidos. En correspondencia con los designios de ambas naciones –y a partir del convencimiento de representar a la denominada civilización–, la ciudadanía y los espacios nacionales estuvieron delimitados por una serie de jerarquías físicas, morales, culturales y geográficas⁸. Poblaciones y territorios fueron encuadrados en la antítesis de una nación civilizada, a semejanza de África y sus habitantes. Para muchos intelectuales suramericanos del siglo XIX, la inferioridad racial del negro y la asociación explícita entre los males de la esclavitud responde a la convergencia de argumentos liberales y racistas. Los estudios emprendidos en aquel momento sobre los africanos y su continente confirmaban teorías racistas derivadas de un pretendido darwinismo social que afirmaban la tendencia innata de los negros a la ociosidad y su incapacidad mental, posición validada por investigaciones “científicas” sobre las características físicas del cerebro africano.

La supuesta veracidad del discurso científico tuvo una influencia indiscutible en la construcción de teorías raciales que constatarían la “evidente” inferioridad racial, y por tanto intelectual, de los habitantes de los continentes africano y americano. Así, la preocupación por los destinos de Brasil y de Colombia en la carrera por el progreso y la civilización alimentó una serie de debates que se valieron de teorías científicas concebidas en Europa, en la tentativa de descifrar las causas del atraso que caracterizaba a ambos países. Las élites criollas, ocupadas en el diagnóstico de estas sociedades manifiestamente heterogéneas, encontraron en los discursos científicos argumentos que no sólo validaban el entendimiento de las diferencias existentes, si no que, además, contribuyeron a la creación de nuevas formas de inferioridad.

7) Por estructuras de conocimiento entendemos el sistema de prácticas que a partir del uso de técnicas especializadas y de la implementación de un lenguaje erudito, confecciona una forma específica de describir y ordenar el mundo.

8) En el siglo XIX el uso del término criollo estuvo asociado al proceso de formación de una identidad americana que rompiendo con el poder peninsular clamaba por la independencia de los dominios americanos. No obstante, este movimiento procuró diferenciar a los criollos de la población negra, india y mestiza sirviéndose del artificio, bastante común durante el período colonial, de la pureza de sangre, excluyendo a estos últimos del proyecto nacional.

En Brasil, entre las aspiraciones abolicionistas -que en el seno del movimiento asumieron los más diversos matices-, y la aventura liberal que anunciaba el peligro de la incorporación de los negros a la nación brasileña en calidad de ciudadanos, figuras como Silvio Romero y Raimundo Nina Rodrigues se encaminaban por los senderos de la ciencia con la intención de revelar la influencia de los africanos y de sus descendientes en la formación del país. El primero, formado en la Escuela de Derecho de Recife y prominente figura en el campo de la crítica literaria, declaraba al mestizaje como elemento condensador de la realidad social brasileña, estableciendo, a su vez, la posibilidad simbólica de la formación de una identidad nacional. El segundo, nacido en 1862 en la provincia de Maranhão, y posteriormente reputado miembro de la Escuela de Medicina de Bahía, insistía en los efectos perniciosos de la mezcla racial en el futuro de la nación brasileña.

En Colombia, por su parte, los esfuerzos llevados a cabo por la comunidad intelectual para alcanzar la comprensión de las transformaciones sociales de inicios del siglo XX se vieron materializados en la formación de proyectos políticos de cuño racista que, en su afán por definir la imagen ideal del “ser colombiano”, legitimaron prácticas de exclusión e inferiorización de poblaciones negras e indígenas. Una vez más, las élites intelectuales del país reforzaron la creencia en la degeneración irremediable de la raza colombiana, acentuando el carácter negativo de la contribución africana en la conformación racial de la Nación.

Lecturas sugeridas

En la actualidad, distintas corrientes críticas de pensamiento se encuentran discutiendo, debatiendo y otorgando centralidad a las discusiones acerca de “lo afro” en América Latina. Si bien las propuestas son variadas, a continuación, se sugieren algunos/as autores/as de referencia.

Por un lado, desde los estudios decoloniales que se mencionaron en las páginas anteriores destacamos los trabajos de Anibal Quijano, Walter Mignolo, Santiago Castro Gomez y Catherine Walsh. Por su parte, los trabajos de Rita Segato resultan un excelente aporte al campo temático en América Latina. Finalmente, las denominadas afro-epistemologías adquieren un lugar pujante en la actualidad. Podemos mencionar a Claudia Mosquera, Rosero-Labbé, Agustín Laó-Montes, César Rodríguez Garavito, Rosa Campoalegre Septien, entre otros/as autores/as que se encuentran generando nuevas propuestas y analizando críticamente la realidad en el campo de estudios afrodescendientes.

Bibliografía utilizada

A Almario, O. y Jiménez Meneses, O. (2004). “Aproximaciones al análisis histórico del negro en Colombia (con especial referencia al occidente y el Pacífico)”. En: Mosquera, Claudia Pardo Rojas, Mauricio, Ramírez, María Clemencia (ed). *Panorámica afrocolombiana. Estudios sobre el Pacífico*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia –Icanh–, Universidad Nacional de Colombia, pp. 29-126.

Ansaldi, W. y Giordano, V. (2016): *América Latina: La Construcción del Orden*, Tomo I *De la colonia a la disolución de la dominación oligárquica*, Ariel, Buenos Aires.

Arias Vanegas, J. y Restrepo, E. (2010). “Historizando raza: propuestas conceptuales y metodológicas”. *Crítica y Emancipación*, N. 3, pp. 45-64, primer semestre.

Arocha, J. y Friedemann, N. (eds.) (1984). *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*. Bogotá: ETNO.

Grüner, E. (2010). *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*, Buenos Aires: Edhasa.

Marinho de Azevedo, C. (2004). *Onda negra medo branco: o negro no imaginário das elites século XIX*. São Paulo: Annablume

Mignolo, W. (2000). “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad”, en Lander, E. (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Clacso, Buenos Aires, pp. 52-82.

Mintz, S. y Price, R. (2012). *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Autónoma Metropolitana y Universidad Iberoamericana.

Quijano, A. (1991) “Colonialidad y modernidad / racionalidad” en Perú Indígena (Lima), Vol. 13, N° 29.

Quijano, A. (1999) ¡Que tal raza! En: *Ecuador Debate. Etnicidades e identificaciones*, Quito: CAAP, no. 48, diciembre, pp. 141-152.

Quijano, A. (2000a): “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en Edgardo Lander (compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, pp.122-151.

Quijano, A. (2000b): “Colonialidad del poder, Cultura y Conocimiento en América Latina”, *Dispositio. Critica Cultural en Latinoamérica: Paradigmas globales y enunciaciones locales*, N° 51, Vol. 24, pp. 137-148.

Quijano, A. (2007): Colonialidad del poder y clasificación social, en Castro-Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (comps.) *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá: Siglo del Hombre; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, pp.93-126.

Quijano, A. (2014). “‘Raza’, ‘Etnia’ y ‘Nación’ en Mariátegui: Cuestiones Abiertas” en *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Buenos Aires: CLACSO, pp.757-775.

Reis, J. (1987). *Rebelião escrava no Brasil. A história do levante dos Malês*. São Paulo: Brasiliense.

Restrepo, E. (2004). “Hacia los estudios de la Colombias Negras”. En: Mosquera, Claudia Pardo Rojas, Mauricio, Ramírez, María Clemencia (ed). *Panorámica afrocolombiana. Estudios sobre el Pacífico*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia –Icanh–, Universidad Nacional de Colombia. , pp. 127-166.

Schwartz, L. (1993). *O Espetáculo das Raças*. São Paulo: Companhia das Letras.

Skidmore, T. (1976). *Preto no branco: raça e nacionalidade no pensamento brasileiro*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Discusiones de género y perspectivas feministas desde América Latina.

Ana Nicotra, Fernanda Molina, Ulises Tarquino y Julieta Ayelén Almada

Introducción

En el presente escrito rastrearemos las distintas olas feministas, para luego poder profundizar sobre las perspectivas feministas que se desarrollaron en nuestro propio continente latinoamericano. Buscamos dar cuenta del modo en que se han ido inscribiendo en la realidad latinoamericana del último siglo las cuestiones relacionadas con el género; cómo este ha llegado a ser una categoría analítica, y por qué es imperante su incorporación en todos los ámbitos como una herramienta emancipatoria, inclusiva y democrática.

Es posible distinguir una serie de momentos a lo largo del desarrollo de la historia donde el movimiento feminista aportó una dinámica particular al contexto, y fue protagonista clave para torcer el rumbo de la historia. Estos momentos, como oleadas, comenzaron a gestarse en el continente europeo alrededor del siglo XVIII, pero no fue sino hasta fines del siglo XIX que comenzaron a tener un papel relevante en la arena política del continente latinoamericano. En los albores del feminismo occidental-europeo se discutió la jerarquía y asimetría de poder dentro del binomio hombre-mujer; la oposición al “destino natural” de las mujeres; y se problematizó acerca de la importancia de la obtención de la igualdad civil. Ello fue seguido por la necesidad de reconocimiento político, cultural, social y de la autonomía del cuerpo, particularmente sobre los derechos sexuales y reproductivos, para decantar en lo concerniente a la identidad sexual.

Resulta innegable el aporte teórico de la corriente feminista de los años ‘70, de la “segunda ola”, aunque es posible calificar a este feminismo como un feminismo hegemónico, blanco, burgués y europeo, el cual ha sufrido las críticas de los desarrollos teóricos más recientes, llevados adelante por comunidades afrodescendientes, latinoamericanas y orientales, cuya producción teórica es enmarcada en la denominada “tercera ola”. En las grietas provocadas por los desarrollos teóricos llevados adelante por los movimientos feministas, emerge el término género como categoría, que viene a brindar sustento a la teorización acerca de la persistente desigualdad entre hombres y mujeres. Consideramos que esto es así porque el movimiento feminista es, desde sus inicios, inmensamente heterogéneo.

Es preciso considerar, asimismo, que los movimientos feministas desarrollados en América Latina tampoco son homogéneos, y se diferencian de aquellos desarrollados en América del Norte y en el viejo continente. Las particularidades históricas y sociales que tiene el continente, llevaron a que en cada región estos se desenvuelven de manera distinta, donde las demandas fueron similares, pero circunscritas a los contextos locales, encontrando en 1994, en la conocida Convención Belém do Pará, el amparo jurídico para la erradicación de la violencia ejercida contra las mujeres, tanto en el ámbito privado como en el público. Nuestro continente alberga una realidad inmensamente rica y particular, y ello conduce a que en cada región se hayan desarrollado distintos escenarios de teorización.

Cabe destacar, finalmente, que, en todos los niveles educativos, la enseñanza de la historia no ha considerado a las mujeres y disidencias como sujetos históricos protagonistas, sino sólo en segundo plano, de forma marginal, y en la mayoría de los casos, directamente invisibilizadas. Esto favorece la reproducción del conocimiento de tipo androcéntrico y heteronormado, dejando de lado otras subjetividades que se presentan como alternativas a los esquemas sociales hegemónicos para les estudiantes, y que enriquecen el conocimiento histórico. Esperamos que la presentación de estas discusiones contribuya a desarrollar nuevas experiencias situadas de enseñanza aprendizaje, que cuestionen las relaciones de dominación existentes así como también las producciones historiográficas y de materiales de enseñanzas centradas en perspectivas androcéntricas.

¿Qué entendemos por género?

En el prefacio de su libro *Género e historia* (1999), Joan Scott retoma la controversia que el término levantó en la cuarta conferencia mundial sobre las mujeres de la ONU, desarrollada en 1995. Allí se cristalizaban dos posturas claramente antagónicas: los grupos provida que, desde una perspectiva biologicista sostenían que el planteo de la discusión de género era un ataque hacia la familia; y , desde otro lado, los grupos multigénero, que proponían considerar a la categoría como un constructo social y múltiple, no binario, en donde estuvieran incluidos homosexuales, bisexuales y transgéneros. Esta discusión llegaba en la denominada segunda ola feminista.

¿Y la primera ola? La primera ola feminista tenía una visión biologicista del género. Esto es, que equiparaba el sexo al género desde una lectura binaria (hombre-mujer). Las luchas de estos primeros movimientos feministas, estuvieron vinculadas a generar igualdad de oportunidades

para las mujeres. Sean las desigualdades que atraviesan las relaciones de poder entre hombres y mujeres naturales o sociales.

¿y en la historiografía? Estas discusiones están signadas por una escritura de la historia que recupera la historia de las mujeres, o la historia de los hombres, sin replantear al género como una construcción social, histórica y por tanto, modificable a través del accionar humano.



Ya en 1949, Simone de Beauvoir, en su libro “El segundo sexo”, planteaba que no se nace mujer sino que se llega a serlo, dando cuenta entonces del carácter social de las categorías. Esta particular visión del género en tanto construcción social, posibilitó la distinción entre sexo y género. Las categorías hombre y mujer, según la segunda ola feminista, varían según la época y lugar. La historiografía, desde estas perspectivas, se dedicó a la reconstrucción histórica del proceso de construcción situada, reflexionando en torno a:

“cómo se crearon e impusieron las normas reguladoras de la conducta sexual; cómo las cuestiones de poder y de derecho se imbricaron con las cuestiones de la masculinidad y la feminidad; cómo afectaron las estructuras simbólicas a las vidas y las prácticas de la gente común; cómo se forjaron las identidades sexuales desde el interior y contra las prescripciones sociales (...) El género parecía ser la mejor manera de cumplir el objetivo de las historiadoras de las mujeres en la década de los setenta: arrastrar a las mujeres desde los márgenes hasta el mismo centro de la historia y, durante este proceso, transformar el modo en que se había escrito la historia”(Scott, 1999, p. 14).

Por supuesto que esta renovación historiográfica tuvo lugar en el marco de la crisis de los paradigmas totalizantes que, durante gran parte del siglo XX, dominaron la escritura de la historia. En este proceso, que François Dosse denominó como la “historia en migajas”, las subjetividades de colectivos juegan un papel central como objeto de la disciplina. En este marco, la recuperación de la historicidad del género implicó también la comprensión de que “no hay un modo de entender lo masculino o lo femenino” (Mattio, 2012, p. 88).

Hacia los años 90, una nueva ruptura en -o ampliación de- la concepción de género se va a producir de la mano del texto de Judith Butler, con su texto “El género en disputa”. Aquí se va a añadir, a la distinción sexo y género, la ruptura con el orden obligatorio “sexo-género-deseo”. Según la feminista norteamericana, el género es siempre un hacer, pues no habría algo así como una identidad de género; o bien, en todo caso, se trata de una “identidad débilmente constituida en el tiempo, instituida en un espacio exterior mediante una repetición exterior, una repetición estilizada de actos” (Butler, 2001, p. 171-172.). La autora plantea, en este sentido, que nadie elige el género, sino que desde la crianza nos “performatean” en un sistema binario de hombre/mujer.

Abre así esta discusión una nueva posición centrada en la producción y reproducción de la identidad de género. De acuerdo con Paul Preciado (2002), sexo y género son tecnologías biopolíticas que aseguran la hegemonía heterosocial. Estas perspectivas, junto a la apropiación positiva de los avances tecnológicos producidos a lo largo del siglo XX, posibilitarán la emergencia de una tercera ola feminista, en ruptura con el modelo binario de género. Ello tuvo lugar a partir de la incorporación de las visiones transexuales, que entienden al género como objeto maleable a partir de la intervención sobre los cuerpos. En esta resignificación positiva de aquellos cuerpos antes considerados “anormales”, se va a asentar el principio de Yogyakarta, relativo al derecho de autopercepción del cuerpo. Ya no se nace siendo varón o mujer, sino que se hace, incluso con intervenciones biomédicas.

El género puede ser considerado, de este modo, como un elemento constitutivo de las relaciones sociales de diferenciación, contextualmente situadas y reproductoras de relaciones significantes de poder con relación a la cultura, las normas y sus interpretaciones, la materialización de las instituciones, y también las construcciones de identidad subjetiva (Scott, 1999).

En suma, por género podemos entender a la construcción social de las diferencias sexuales, enraizada en lo social, cultural, político, económico, por el sistema capitalista patriarcal; el desarrollo y problematización de este concepto facilitó la comprensión de la realidad de las mujeres en las diversas sociedades. El género viene así a “desnaturalizar las

esencialidades que se atribuyen a las personas en función de su sexo anatómico” (García, 2006).

Feminismos afro en y desde América Latina

Uno de los principales aportes del pensamiento latinoamericano para repensar los feminismos tiene lugar en torno a la des-racialización del concepto. En este sentido, un conjunto de autoras mujeres con ascendencia afro realizaron fuertes críticas desde perspectivas decoloniales. Al hablar del aporte de las mujeres afro en los movimientos de emancipación latinoamericanos, Gabriela Ortuño (2018) se enfoca en dos autoras jamaquinas, pioneras de estos movimientos. Por un lado, Una Marson, escritora y periodista exiliada en Reino Unido, quien realizó fuertes críticas a los privilegios de la población blanca en Jamaica, la explotación de las mujeres negras y al acceso a la educación con raíces ancestrales. Desde Inglaterra realizó trabajos como editora, y en 1928 lanzó su propia revista llamada *The Cosmopolitan*, la cual trataba temas como el feminismo, la modernización en Jamaica y los derechos laborales de las mujeres. Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, se convertirá en la primera mujer negra en trabajar para la BBC, más precisamente en la conducción del programa *Caribbean Voices*, posicionando en un lugar de importancia a la obra literaria caribeña.

Por otro lado Amy Jacques-Garvey, quien viajó hacia Estados Unidos en 1917 para incorporarse, y desarrollar allí su labor como periodista, a la Universal Negro Improvement Association (UNIA), movimiento liderado por Marcus Garvey, con quien en 1922 contrajo matrimonio. Mientras su esposo estaba en la cárcel, se convirtió en la líder de la organización al tiempo que quedó a cargo del periódico *The Negro World*, donde tuvo la posibilidad de abordar la problemática de las mujeres negras y de los movimientos panafricanistas por el mundo.

En ambas autoras la diáspora constituye un elemento distintivo de sus obras. Exiliadas de su país de origen, expresaron su indignación ante las injusticias coloniales y dieron voz a las comunidades panafricanas, convirtiéndose en pioneras del feminismo anticolonial.

Mujeres indígenas y feminismo latinoamericano

Por largo tiempo, el feminismo hegemónico o “blanco” ha desconocido e invisibilizado a las mujeres negras e indígenas, y las ha considerado bajo una mirada tutelar que desconocía y desconoce sus aportes críticos y su capacidad de agencia. Es por esto que el concepto de *feminismo* (al igual que el de *género*) provoca una gran desconfianza en las comunidades originarias por considerarlo proveniente de la cultura imperialista occidental. En este sentido, no

se considera adecuado pensar una definición de feminismo indígena despojada de la relación primordial de las mujeres indígenas con sus comunidades y con el territorio; así como tampoco por fuera de la colonialidad del poder (Quijano, 2000). Es allí donde se dan los cruces y cuestionamientos al feminismo occidental-europeo, pero también desde donde construyen su identidad y sus reivindicaciones.

De acuerdo al planteo de Gargallo Celentani (2014) entre los pueblos originarios de América Latina es posible reconocer distintos vínculos de las mujeres indígenas con el feminismo. Por un lado, aquellas que, aún trabajando por la mejora de las condiciones de vida de las mujeres de sus comunidades y con demandas ligadas a cuestiones de género, reivindican la solidaridad con los varones como parte de la dualidad constituyente de su ser indígena, pero no se reconocen como feministas por temor a los cuestionamientos al interior de la comunidad, y porque el feminismo es asociado a un concepto occidental y burgués. Por otro lado, existen movimientos de mujeres indígenas que tienden a buscar puntos de contacto entre el “feminismo blanco” y sus propios recorridos en la defensa de los derechos de las mujeres de sus comunidades. Por último, mujeres indígenas que se reconocen abiertamente feministas desde un pensamiento autónomo, en permanente crítica y diálogo con los feminismos no indígenas. Entre estas últimas se encuentra el Feminismo Paritario Indígena, para el cual las relaciones de género dentro de sus comunidades, basadas en ideas de complementariedad y paridad, fueron desequilibradas por el patriarcado occidental instaurado por el sistema colonial (Bidaseca y Laba, 2016). En contraposición, el Feminismo Comunitario Indígena, representado por las feministas xinkas de Guatemala y las aymaras de Bolivia, denuncia la existencia de un patriarcado ancestral anterior a la colonia, aún cuando no pueda ser equiparado con la fuerza opresora del patriarcado colonial. Desde esta perspectiva se propone una reflexión profunda al interior de las comunidades y el análisis de las formas de imbricación y cooperación con el patriarcado impuesto por la colonia (Gargallo, 2012).

Es preciso destacar que la violencia hacia las mujeres indígenas en América Latina está directamente relacionada con los procesos de colonización y con la neo-colonización de las industrias extractivas que amenazan sus territorios y sus propias existencias, y que descansan sobre la interconexión o interseccionalidad de una serie de sistemas de opresión basados en la raza, la clase y el género, para implantarse y dominar. En el mismo sentido, muchas de las estrategias de resistencia de estas mujeres nacen de esa multidimensionalidad de opresiones desde una apuesta antirracista, descolonial y anticapitalista. Así, los feminismos decoloniales retoman el concepto de interseccionalidad proveniente del feminismo afro, el cual da cuenta de los distintos sistemas opresores que operan de manera particular sobre la vida y cuerpos de estas

mujeres, expresadas a través de la raza/etnia, clase, sexualidad, nivel formativo, etc. (Boddenberg, 2018)

Otra perspectiva muy interesante a destacar es la de Rocío Silva-Santesteban (2017), quien recupera el concepto de *patriarcado dependiente*, elaborado por Danilo Assis para el estudio de la sociedad peruana y el rol de las mujeres en los conflictos ecoterritoriales, pero que es aplicable a varios países de la región. Este se basa en un pacto desigual, asimétrico, entre las élites masculinas colonizadoras de las ciudades (representados en la actualidad por los ingenieros y empresarios de empresas extractivistas) y los hombres de los pueblos a quienes se busca colonizar. Se trata de un patriarcado racializado por la estructura colonial, directamente vinculado con la colonialidad del poder, basado en una ideología racista de dominación que justifica la violencia y la subalternización de las comunidades con la “inferioridad racial de los indígenas”, y a través de prácticas y discursos machistas, soportado institucionalmente por el Estado y sus fuerzas represivas.

Para concluir, consideramos que la existencia de otros feminismos por fuera del canon occidental-europeo, que centre su mirada desde América Latina y el Caribe, amplía la perspectiva acerca de las múltiples realidades de las mujeres y disidencias, vinculadas a sus condiciones sociales e históricas particulares, aporta nuevas teorías y posicionamientos políticos, y son vitales para el reconocimiento y estudio de luchas históricas pasadas y presentes.

Bibliografía utilizada

Barrancos, D. (2004). Historia, historiografía y género. Notas para la memoria de sus vínculos en la Argentina. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 8(1).

Barrancos, D. (2017). Mi recorrido hasta la historiografía de las mujeres. *Descentrada. Revista interdisciplinaria de feminismos y género*, 1(1).

Bidaseca, K., & Laba, V. V. (2016). Feminismos y (des) colonialidad. Las voces de las mujeres indígenas del sur. *Temas de mujeres*, 7(7), pp. 24-42.

Boddenberg, S. (2018). Mujeres indígenas y afrodescendientes, interseccionalidad y feminismo decolonial en América Latina. *Revista Búsquedas Políticas Universidad Alberto Hurtado*.

Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.

Celentani, F. G. (2014). *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de*, 607.

De Beauvoir, S. ([1949] 2018). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Lumen.

Mattio, E. (2012). ¿De qué hablamos cuando hablamos de género? Una introducción conceptual. *Sexualidades, desigualdades y derechos. Reflexiones en torno a los derechos sexuales y reproductivos*. Córdoba: Ciencia, Derecho y Sociedad, pp. 85-103.

Ortuño, G. G. (2018). Los feminismos afro en Latinoamérica y El Caribe, tradiciones disidentes: del pensamiento anticolonial a la defensa de la tierra. *Investigaciones Feministas*, 9(2), pp. 239-255.

Preciado, B. (2002). *Manifiesto Contra-sexual*. Madrid: Opera Prima.

Santisteban, R. S. Patriarcado, machismo y racismo en las sociedades de contextos extractivos: el caso peruano. *Hemisferio Sur*, pp. 1-14.

Scott, J. W. (2008). *Género e historia*. Fondo de cultura económica Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Scott, J. W. (2015). El género: una categoría útil para el análisis histórico. *El género: una categoría útil para el análisis histórico*, pp. 251-290.

Fuentes y recursos sugeridos

Declaración de Yakarta sobre la Promoción de la Salud en el Siglo XXI. Disponible en:

https://www.who.int/healthpromotion/conferences/previous/jakarta/en/hpr_jakarta_declaration_sp.pdf

Explicación de la diferencia entre feminismo y patriarcado <https://1drv.ms/v/s!AmjhgpGwv-MagtMyuNpjNYcltaWXKA?e=a7GpXI>

Discusiones en torno al mundo del trabajo en América Latina

Julieta Ayelén Almada, Gonzalo Cámara y Paula García Schneider

Desde los años 50, las ciencias sociales en América Latina se consolidaron como campo de especialización a partir de su institucionalización en carreras profesionales como tales como Sociología, Historia o Economía. Instituciones como la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), el Instituto Superior de Estudios Brasileiros (ISEB), entre otras, jugaron un papel fundamental en la proyección de investigaciones para comprender la realidad latinoamericana.

Uno de los ejes fundamentales que signó esta etapa fueron los problemas del desarrollo económico (Roig, 2003) y las consecuencias que de él se derivaban en términos sociales, políticos, culturales y económicos. En particular, es significativo que, hasta mediados de los años 50 del siglo XX, el subdesarrollo y la pobreza rural se consideraban resultado de la falta de participación en los beneficios del progreso tecnológico, propio del proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Sin embargo, ya a finales de aquella década la preocupación por el estancamiento y la viabilidad de un desarrollo industrial (autónomo y autosostenido) en América Latina, van a generar nuevos ámbitos de discusión, como es el de la marginalidad social urbana.

Este concepto surgió como una forma de explicación de los procesos de exclusión social que se produjeron en América Latina al calor de las profundas transformaciones que los procesos de Industrialización por Sustitución de Importaciones generaban, no sólo en la estructura económica, sino también en la estructura social latinoamericana. En el primer apartado nos centraremos en hacer un recorrido del concepto, identificando su desarrollo en Anibal Quijano y José Nun. La recuperación de esta noción, entendemos, posibilita advertir particularidades propias de las configuraciones sociales latinoamericanas, que permiten distinguir al continente de las experiencias europeas o norteamericanas.

En este mismo sentido, y como parte de las transformaciones ocurridas al calor de los procesos de sustitución de importaciones, presentaremos ciertos debates en torno a la relación entre el movimiento obrero y el Estado, haciendo especial foco sobre la estructura sindical y la legislación laboral en Brasil. Recuperamos esta discusión ya que es una de las tantas que atraviesa

los vínculos entre lo económico y lo político, y en particular las concepciones sobre el mundo del trabajo; pero además porque tuvo y tiene una actualidad muy importante. De hecho, la cuestión del corporativismo continúa siendo hoy un tema de debate en la estructura organizacional del movimiento obrero, y de su relación con la práctica sindical, así como las relaciones entre sindicatos, Estado y sistema político. Asimismo, en la literatura social también encuentran asidero estas discusiones; no sólo son relevantes aquí las producciones de innumerables autores en sus propios centros de investigación, sino también los congresos que, como los organizados por la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), la Asociación de estudios sobre el Trabajo (ALAST), entre otros, se realizan recurrentemente en nuestra región.

Los problemas de la marginalidad

Aún en la actualidad, la desigualdad y la marginalidad social constituyen temas de debate en nuestra región; máxime cuando la implementación de políticas neoliberales, en el último cuarto del siglo XX, dejó hondas consecuencias económicas y sociales. Incluso en aquellos países donde hubo experiencias progresistas y de izquierda, éstas no lograron revertir las tendencias de los principales indicadores económicos; el salario real, si bien creció, no recuperó los niveles de la “etapa dorada” del capitalismo local; tampoco lo lograron, por ejemplo los niveles de industrialización vertical y las actividades que de esta actividad se derivan. Más aun, es posible afirmar que, en los últimos años, se profundizaron las dualidades de los mercados de trabajo (Carcanholo, 2019; Salvia, 2019), consolidando estructuras productivas heterogéneas y desequilibradas (Diamand, 1973).

Como afirmamos en la introducción, no es sino hasta fines de los años ‘50 del siglo pasado que la marginalidad empezó a ser vinculada a la marginalidad urbana; antes de ello era considerada como la exclusión de mercados internos, y refería casi de manera exclusiva a la población rural (Vilmar, 1978). Quienes conforman esta marginalidad social urbana son “las llamadas secciones semiproductivas de la población no agrícola a la que pertenecen miembros de las clases trabajadoras más bajas con sus familias: desempeñan pequeños servicios, trabajadores eventuales, albañiles ocupados en cortos periodos del año, y los desempleados no registrados y en general no calificados” (CEPAL, 1957, p. 19).

¿Cuál va a ser el lugar de esta población creciente en las formaciones económicas latinoamericanas? José Nun (1999), uno de los primeros autores en utilizar el concepto de masa marginal, va a afirmar que esta población no cumple una función; es a-funcional, producto del propio proceso histórico en el que se desarrolla el capitalismo en nuestro continente, en donde

no toda la superpoblación constituye necesariamente un ejército industrial de reserva. A diferencia de Europa o Japón, en donde hubo revoluciones agrarias que posibilitaron el proceso de acumulación originaria-primitiva del capital, en América Latina esto no fue así; por el contrario, se produjo un desarrollo desigual y combinado (retomando la expresión de León Trotsky) de las formaciones económico-sociales. Siguiendo a Ernest Mandel, Nun va a afirmar que la división internacional del trabajo de finales del siglo XIX y las características que de ella derivan respecto al comercio internacional, frenan la acumulación primitiva del capital industrial. Por otro lado, el sociólogo argentino va a indicar que los procesos de industrialización latinoamericanos son diferentes a los experimentados por los países centrales en tanto que no hay una absorción permanente de la mano de obra en el sector industrial. Esto genera que los ingentes poblacionales que se incorporan en las oleadas migratorias internas, no accedan a empleos formales en las fábricas. Coincidente con este diagnóstico se ubica la perspectiva de Aníbal Quijano, para quien las crecientes desigualdades de las formaciones sociales latinoamericanas se desarrollan a partir de injertos de elementos novedosos en matrices productivas previas; esto hace que la integración económica no sea homogénea sino fragmentaria, y que se produzcan diferentes niveles de productividad. Afirma, en este sentido, que hay una tendencia creciente del polo marginal de la economía, a la vez que desigualdades en aumento, producto de estos niveles de productividad diferenciados en las actividades económicas, los cuales pueden incluso conducir a crisis de integración.

Según Quijano (1970), los polos marginales de la economía se estructuran de modo inestable y precario a la vez que generan ingresos reducidos e inestables a los trabajadores. Cabe destacar, además, que forma parte de la lógica histórica, común a todos los niveles de la estructura económica latinoamericana, en donde hay un núcleo (sector) integrado y un polo (sector) marginal. En particular ello tiene consecuencias específicas para la población trabajadora y el mercado de trabajo: una creciente diferenciación en la composición de la población trabajadora, nuevas relaciones de dominación y conflicto en la sociedad y, como consecuencia de estas dos situaciones novedosas, requerimientos del volumen y tipo de fuerza de trabajo en la estructura económica que establecen niveles, modalidades de formación, desplazamientos de mano de obra, absorción, exclusión y depresión de acuerdo a las características y requerimientos del capital monopolístico dominante. En este sentido, los mercados de trabajo se constituyen como espacios restringidos, excluyentes, en la medida en que no se absorbe la mano de obra migrante desde los sectores rurales a los urbanos, concentrados y tendientes a la urbanización. Esta dualidad de la estructura económica latinoamericana tiene como consecuencia la existencia de mercados marginales de trabajo con mano de obra “flotante”, intermitentemente ocupada, desocupada o subocupada; característica

que es creciente y pervive hasta la actualidad. Cómo se organizan estos trabajadores en una clase y cuáles son las lecturas de los vínculos con el Estado, son otras de las discusiones que se desprenden de los análisis de los mercados de trabajo latinoamericanos, cuestión que visitaremos a continuación.

Los vínculos entre Estado y Movimiento Obrero: la perspectiva “populista”

A partir de mediados de la década del sesenta, predomina la perspectiva de que el Estado Brasileiro estableció una relación de dominación sobre los trabajadores en el espacio temporal que comprende desde los años treinta hasta el golpe de estado de 1964. Desde este prisma de análisis, los trabajadores y sus sindicatos no poseían autonomía respecto al Estado, y eran objeto de manipulación y control por parte de aquel, a partir de la combinación entre cooptación y represión. Es decir, los derechos de los trabajadores se consideran una concesión del Estado, no una conquista a partir de la resistencia y lucha por mejores condiciones de vida y trabajo.

En este horizonte analítico, Francisco Weffort (1989) propone pensar la categoría de “manipulación”. A partir de ella, los sectores populares no son concebidos como actores/sujetos, pero sí como destinatarios/objetos a los que se remiten las formulaciones y políticas populistas, pues solo podían ser manipulados o cooptados por el Estado. Sin embargo, a finales de los ochenta y principios de los noventa comienza a presentarse otra interpretación sobre la compleja relación entre Estado y clase trabajadora.

Los vínculos entre Estado y Movimiento Obrero: la perspectiva “trabalhista”

La tesis doctoral “A Invenção do trabalhismo” de Ângela de Castro Gomes, se propuso brindar otra explicación distinta y crítica en relación al concepto clásico de “populismo”. La autora recurre a la noción de “pacto trabalhista” para pensar la vinculación entre Estado y clase trabajadora de manera negociada, desplazando el énfasis de la manipulación y la represión. Este libro atribuye un rol activo a los trabajadores en la interlocución con el Estado. Es decir, reconoce un diálogo entre actores con recursos de poder diferenciados, pero superando la dicotomía entre autonomía y heteronomía de la clase. Según la autora, “pacto trabalhista” nos remite al momento estratégico de su montaje en los años del Estado Novo, que conectaba el periodo pre y pos 30, así como las experiencias ahí vivenciadas por la clase trabajadora.

A partir del aporte de Gomes (2015) se desarrollaron una serie de escritos reflexivos y críticos sobre la categoría de “populismo”. Entre ellos, el historiador Jorge Ferreira plantea la

total ineficiencia de la noción de “populismo” como instrumento explicativo de las relaciones entre el Estado y los trabajadores en el periodo comprendido entre la dictadura del Estado Novo (1937-1945) y la dictadura militar (1964-1985). El autor intenta demostrar que la formulación del proyecto trabalhista por el Estado contribuyó a configurar una identidad de clase trabajadora, y que, en esa relación, las partes, Estado y clase trabajadora, identifican intereses comunes en el trabalhismo. Por último, es posible rastrear nuevas críticas a la categoría de “populismo”. Desde los años 90 se constituyó una nueva corriente influenciada por el marxismo británico de E.P. Thompson.

Los vínculos entre Estado y Movimiento Obrero: la perspectiva “thompsoniana”

El eje vertebrador de la mayoría de las investigaciones emprendidas en la Universidad Estadual de Campinas (Unicamp) es el rechazo a la afirmación de que existió una “heteronomía” de la clase trabajadora durante los años 1930-1964. A través de un amplio trabajo de fuentes pudieron identificar en los trabajadores legítimas actitudes de clases. Uno de los principales exponentes es Hélio da Costa (1995) en cuya investigación, titulada “Em busca da memória: comissão de fábrica, partido e sindicato”, analiza las comisiones de fábricas en Sao Paulo entre la década del 40 y 50. Al indagar sobre el Partido Comunista Brasileiro (PCB), marca un constante desencuentro entre la dirección y la base del partido, pero reconociéndolo como una instancia de lucha clave para la clase. Para finalizar, los aportes de otros investigadores “thompsonianos” como Alexandre Fortes, Fernando Teixeira da Silva y Adriano Duarte, proponen rescatar las luchas obreras a partir de la noción de “lucha por derechos” disputando la idea de un sindicalismo cooptado desde el Estado.

Bibliografía utilizada

Castro Gomes, A. (2015). *A invenção do trabalhismo*. Editora FGV.

Carcanholo, M. (2019). “Neoliberalismo y dependencia contemporánea: alternativas de desarrollo en América Latina”. En Vidal Molina (coord.) *Neoliberalismo, neodesarrollismo y socialismo bolivariano. Modelos de desarrollo y políticas públicas en América Latina*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones, CLACSO. pp. 34-50.

CEPAL (1957). Changes in Employment Structure in Latin America. *Economic Butlletin for Latin America*, 2 (1), pp. 15-42.

Costa, H. D. (1995). *Em busca da memória: comissão de fábrica, partido e sindicato no pós-guerra*. São Paulo: Scritta.

Diamand, M. (1973). *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia: economía para las estructuras productivas desequilibradas: caso argentino*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Faria, V. (1978). Desarrollo económico y marginalidad urbana: los cambios de perspectiva de la CEPAL. *Revista Mexicana de Sociología*, pp. 9-29.

Nun, J. (1999). El futuro del empleo y la tesis de la masa marginal. *Desarrollo económico*, 38 (152), pp. 985-1004.

Quijano, A. (1970). *Polo marginal y mano de obra marginal*. Santiago de Chile: CEPAL.

Salvia, A. (2019). “Aportes a una teoría sobre la desigualdad y la marginalidad social en América Latina en contexto de globalización”. En A. Salvia y M. Rubio (comp). *Tendencias sobre la desigualdad: aportes | 6 para pensar la Argentina actual*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, CLACSO. pp. 11-45.

Weffort, F. C. (1989). *O populismo na política brasileira*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Migraciones en América latina

Sofia Arrieta, Maria Gabriela Rho, Malena Rodriguez Mutis, Ulises Tarquino

El estudio de las migraciones internacionales constituye una buena ocasión para pensar las tramas de estructuración de la realidad social en las sociedades contemporáneas (Trpin y Zunino, 2021). Siguiendo a Margulis (1974), los procesos migratorios están ligados a los procesos económicos de la estructura social, razón por la cual no es posible comprender las migraciones como fenómenos aislados. Los movimientos de población, si bien han tenido lugar desde los albores de la historia, estuvieron signados por dos procesos fundamentales: el orden jerárquico de los Estados-nación como forma de organización política predominante y la constitución de la economía mundial capitalista. Si bien los Estados-nacionales son claves para comprender los procesos migratorios, es necesario complejizar las miradas estado-céntricas, dado que la movilidad humana desafía las lógicas de pensamiento de los Estados modernos, cuyos paradigmas de sedentarismo y nacionalismo metodológico se ven colapsados por las circulaciones de los migrantes (Gil Araujo, 2006). En relación con esto, es necesario **pensar las migraciones como fenómenos entramados con procesos históricos, económicos, sociales y políticos de alcance global**. Así, la historia colonial, las relaciones comerciales, los enfrentamientos bélicos, los modelos de desarrollo imperantes, el turismo, las formas de organización de la producción y la reproducción, el binomio capital-trabajo y las relaciones de género son solo algunos de los procesos que condicionan la configuración de las dinámicas migratorias (Gil Araujo, 2006).

Los grandes movimientos migratorios que tuvieron lugar durante el siglo XIX y comienzos del siglo XX se convirtieron en un elemento fundamental del sistema económico transatlántico que unía a diversas naciones a través de intercambios económicos y de enfrentamientos bélicos. En coincidencia con períodos de fuerte expansión capitalista y de las consecuentes turbulencias en el mercado de trabajo internacional, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la inmigración ha ido aumentando en las principales democracias industriales. A principios de la década del setenta -a partir del impulso de políticas de reestructuración neoliberal a nivel mundial, de la crisis del petróleo, el desarrollo tecnológico, la deslocalización industrial y los cambios en las formas de organización del trabajo- se produjeron transformaciones en los modos de percibir la inmigración y en los patrones migratorios a escala mundial. Entre los cambios más significativos

se encuentran: la mayor diversidad de orígenes y la creciente feminización de los flujos; la complejidad de las causas de los movimientos de población; las mayores restricciones de las políticas migratorias; así como también nuevas formas de violencia y explotación asociadas a las dinámicas de movilidad de la población (Magliano, 2014).

América Latina no ha permanecido al margen de estas transformaciones (Mezzadra et al., 2019). Desde los procesos mismos de construcción del Estado-nacional, en un importante conjunto de los países de la región las migraciones ocuparon un lugar central en términos sociales, políticos, económicos y culturales. En cada período histórico, el Estado ha sido un actor clave de los procesos migratorios internacionales. De hecho, y recuperando al sociólogo Abdelmalek Sayad (1998), abordar el vínculo entre la inmigración y la emigración implica siempre, y necesariamente, reflexionar en torno al Estado y la nación; y requiere, además, que ambos se piensen a sí mismos a partir de la inmigración-emigración.

En este sentido, la existencia de nuevas y viejas formas de movilidad de las personas en el mundo contemporáneo, la diversificación de tipos migratorios y la ampliación de las redes migratorias internacionales, junto con la persistencia de los movimientos internos, son factores que hacen que esta dimensión de la realidad social configure un vasto campo de análisis para las ciencias sociales y humanas.

Los movimientos migratorios y sus períodos de mayor afluencia

Experiencias nacionales: el caso argentino

Desde fines del siglo XIX, Argentina se ha constituido como uno de los principales países receptores de **inmigración ultramarina europea**. Este flujo migratorio tuvo dos grandes ciclos, uno comprendido entre 1870 y 1920 y el otro, entre 1945 y 1960 aproximadamente (Domenech, 2005). El proyecto de construcción del Estado nación argentino de fines del siglo XIX y su idea de “poblar el desierto”, postulaba al migrante europeo como el modelo de ciudadano ideal para transmitir la “cultura civilizada” del viejo mundo. Se configuró así una identidad nacional construida sobre una mirada aspiracional de la cultura europea, lo cual ha condicionado estructuralmente las percepciones sobre estos colectivos. Si bien la segunda oleada migratoria, en el marco de la segunda posguerra, tuvo un perfil diferente, signado por la “promoción selectiva” de ciertas dinámicas migratorias (Biernat, 2007), las migraciones oriundas de países

Europeos han sido configuradas, social e históricamente, como el ideal de la migración “deseada”.

Para profundizar sobre este flujo migratorio se puede consultar: Devoto (2003); Pacecca (2001); Halperin Donghi (1987); De Cristoforis (2013); Galante (2008); Biernat (2007).

Las **migraciones regionales** ocupan un lugar destacado en los movimientos migratorios hacia la Argentina. La inmigración de países limítrofes se concentró, a comienzos del siglo XX, en las áreas de frontera, y se constituyó como una respuesta frente a la escasez de mano de obra en el sector primario de las economías fronterizas. En las décadas de 1960 y 1970, estos movimientos migratorios comenzaron a cambiar de rumbo asentándose en Capital Federal y Provincia de Buenos Aires (Ceva, 2006).

En la Argentina contemporánea, entre los colectivos migratorios socialmente configurados como “no deseados”, emergen con mayor notoriedad aquellos provenientes de países regionales (fundamentalmente, Bolivia, Paraguay y Perú). Al tratarse -en mayor medida- de una migración laboral que concentra fundamentalmente sectores empobrecidos, y que ha sido históricamente racializada debido a sus marcas indígenas, desde hace ya por lo menos 40 años se puede identificar una serie de discursos políticos y mediáticos que vienen abonando a una construcción social de las migraciones regionales de tipo problemática: se la vincula con el incremento de problemas habitacionales en las grandes ciudades, con el narcotráfico y con el aumento de la pobreza (Magliano y Perissinotti, 2020; Marcos y Mera, 2018; Mera y Vaccotti, 2013, Vaccotti, 2017). Así pues, desde distintos sectores políticos y mediáticos, la migración regional ha sido construida como una amenaza.

Para profundizar sobre estos flujos migratorios se puede consultar: Magliano (2020); Domenech (2007); Perissinotti (2019); Rosas y Mera (2021); Mallimacci y Magliano (2018); Alvites Baiadera (2019); Bologna (2010); Falcón Aybar y Bologna (2013); Colina-Falcón (2020); Jaramillo (1999).

En consonancia con lo expuesto, en los movimientos migratorios hacia la Argentina se podía visualizar un predominio de inmigración intrarregional y una marcada emigración extrarregional. Aproximadamente desde comienzos del siglo XXI se registra la llegada de **movimientos migratorios extrarregionales** hacia Argentina provenientes de Centroamérica (Haití, República Dominicana y Cuba) y África (Senegal). En la última década, la llegada de colectivos migrantes asociados a la negritud -tanto aquellos provenientes de diferentes países africanos como ciudadanos/as haitianos/as-, ha puesto nuevamente en cuestión el rol del Estado argentino frente a la presencia de individuos que tensionan el ideario tanto “blanco” como “nacional” construido y reconstruido históricamente en el país (Grimson, 2006; Segato, 1998,

2007). El incremento de estos flujos, pero principalmente las trayectorias laborales que ocupan en mayor medida a esta población –por ejemplo, la venta ambulante en las áreas céntricas de las principales ciudades (Maffia, 2010)–, ha generado una mayor visibilización y, a su vez, un aumento de la criminalización por parte del Estado. Así, las migraciones haitianas y senegalesas han sido también configuradas como “no deseadas” en función de un elemento fundamental: la negritud.

Para profundizar sobre estos flujos migratorios se puede consultar: Espiro (2012; 2013; 2016); Maffia (2010); De Heusch (2016); Duffard, I. (2016); Nieto (2014); Pedemonte, Amode y Vásquez (2017); Stefoni Espinoza, Lube Guizardi, y González Torralbo (2018); Trabalón (2018; 2019; 2020).

América Latina

América Latina ha experimentado un crecimiento considerable de sus migraciones en los últimos años. Hacia la primera década del siglo XX, en un contexto de profundización de la crisis económica global, el relativo estancamiento de la demanda de fuerza de trabajo y el endurecimiento de los controles migratorios en Estados Unidos y Europa, tuvieron como consecuencia una serie de modificaciones en la composición y dirección de las corrientes migratorias internacionales, con lo cual los flujos migratorios hacia el norte se han reducido en gran medida (Castles, 2013). Siguiendo a Herrera y Sørensen (2017), este crecimiento se ha producido como parte de la intensificación de los procesos de globalización, y también encuentra explicaciones en la agudización de crisis económicas y políticas que ha vivido la región en distintos territorios y en los cambios en los procesos de acumulación capitalista y la securitización de las fronteras. De este modo, los movimientos de personas en la región se han visto afectados de diferente manera: disminuyendo los flujos, redireccionándolos hacia otros destinos, incrementando los retornos voluntarios y forzados, y también multiplicando el tipo de movilidades (Herrera y Sørensen, 2017).

Como ya hemos mencionado, las causas de la migración no son estáticas o permanentes, y se encuentran siempre vinculadas a los cambios sociales, económicos y políticos. Es así como, a las necesidades económicas que han explicado por qué la gente deja sus comunidades para vivir en otros países, se han sumado, en primer lugar, los desplazamientos forzados causados por la violencia, por megaproyectos de desarrollo o por los desastres naturales. En segundo lugar, el incremento de la circulación de profesionales y de migrantes de clase media que, –dejando atrás la figura de los exiliados políticos de las dictaduras centroamericanas y del Cono Sur de las

décadas de 1970 y 1980- son el resultado de los procesos de globalización, de una mayor integración regional y del crecimiento económico de varios países latinoamericanos durante la década de 2000. En tercer lugar, asistimos al surgimiento de migraciones desde los países europeos y de Norteamérica hacia varios países latinoamericanos. Siguiendo a Herrera y Sørensen (2017), no podemos perder de vista dos fenómenos que merecen atención y que han experimentado un incremento exponencial en los últimos años: las migraciones de pueblos indígenas y los procesos de feminización de las migraciones en América Latina. Esto último ha producido una reflexión sobre la especificidad de las experiencias femeninas de la migración, pero también acerca de otro conjunto de fenómenos como la vivencia de las familias separadas y la feminización y racialización de los mercados laborales migrantes a nivel global.

Dada la amplitud temática, temporal y espacial que presenta el fenómeno migratorio en América Latina, es imposible, y trasciende al objetivo de este escrito, abordarlo en toda su especificidad y complejidad. En este sentido, optamos por mencionar las fronteras y los pasos fronterizos de mayor flujo y conflictividad de las últimas décadas, con recomendaciones bibliográficas para su profundización en caso de ser de interés. Estas fronteras son:

México - EEUU: Barajas Escamilla (2016); Flores (2008); Álvarez Velazco (2017); Varela et al. (2020); Varela (2019); Inda y Dowling (2013).

México - Centroamérica: Canales (2019); Ruíz Lagier y Varela Huerta (2020); Varela et al. (2020); Varela (2019).

Cuba - EEUU: Martínez Laguardia (2017).

Haití - República Dominicana: Sillié (1998).

Colombia - Ecuador - Venezuela: Carrión (2011); Urigüen (2005); Álvarez Velazco (2017); Valero Martínez (2020).

Bibliografía

Alvarez, V. (2017). Ecuador-México-EE.UU.: la producción de una zona de tránsito entre políticas de control y la autonomía de la migración, en B. Cordero, S. Mezzadra y A. Varela (coords.). *América Latina en movimiento. Autonomía de la migración, fronteras y nuevas geografías de lucha*. México: BUAP-Traficantes de Sueños, pp. 29-62

Alvite Baiadera, A. (2019). Migraciones internacionales, fronteras y Estados. ¿Cómo interpretar el régimen de frontera desde América del Sur?, *Desafíos*, nro. 31 (1), pp. 123-156.

Barajas Escamilla, M. (2016). La frontera México-Estados Unidos: dinámica transfronterizas y procesos de gobernanza, *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, vol. 25, Ciudad Juárez, pp. 111-128.

Biernat, C. (2007). ¿Buenos o útiles? *La política inmigratoria del peronismo*, Buenos Aires: Ed. Biblos, Colección Argentina Plural.

Bologna, E. (2010). Migraciones entre países del sur: Los cambios y las continuidades en los flujos limítrofes hacia Argentina, *Migraciones Internacionales*, vol. 5 N° 3, pp. 175-209.

Canales, A. (2019). Dinámicas binacionales y relaciones transfronterizas en la migración en los países del norte de Centroamérica, *Desarrollo y migración*. Ciudad de México CEPAL.

Carrión, F. (2011). Seguridad ciudadana y violencia en las zonas fronterizas en América Latina, *Relaciones fronterizas: encuentros y conflictos*. Quito: FLACSO.

Castles, S. (2013). Migración, trabajo y derechos precarios: perspectivas histórica y actual, *Migración y desarrollo*, vol. 11 N° 20, pp. 8-42.

Colina Falcón, M. (2020). Alternativas para gestionar el riesgo migratorio frente a la pandemia, caso: ciudadanos venezolanos en el Ecuador. *Facultad de Ciencias de la Seguridad y Gestión de Riesgos*. UIDE, pp. 1-33.

Coraza de los Santos, E. y Lastra, S. (2020). *Miradas a las migraciones, las fronteras y los exilios*, Grupo de Trabajo “Violencias y Migraciones Forzadas”, Buenos Aires: CLACSO.

De Cristóforis, N. (2013). La fase final de unas migraciones de larga duración: gallegos hacia Buenos Aires (1946-1960), *Amnis*, N° 12, pp. 1-11.

De Heusch, F. (2016). Amo a mi país, sigo hablando en creole, pero tomo el fernet con coca y como el asado: Una etnografía de los migrantes haitianos y de la venta de “bijouteria” en la ciudad de Córdoba, Argentina (Tesis de Licenciatura). Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina.

Di Tella, T. (1986). *Sociología de los procesos políticos*, Colección Manuales, Buenos Aires: Eudeba.

Domenech, E. (2007). La agenda política sobre migraciones en América del Sur: el caso de la Argentina, *Revue Européenne des Migrations Internationales*, Vol. 23, N° 1, pp. 71-94.

Espiro, M. L. (2012). Representaciones de los africanos entre los habitantes de la ciudad de La Plata a partir de la circulación de «los vendedores bijouterie», *Revista Kula. Antropólogos del Atlántico Sur. Revista de Antropología y Ciencias Sociales*, N° 7, pp. 53-66.

Espiro, M. L. (2013). Explorando representaciones de los nuevos inmigrantes africanos en Argentina en el proceso de producción de fotografías propias, en O. G. Morales y L. G. Ledesma (coords.), *Interculturalidad en etnografías con africanos y afrodescendientes en Argentina*. La Plata: Instituto de Investigaciones en Comunicación, Ediciones de Periodismo y Comunicación Social.

Espiro, M. L. (2016). Entre la trama y el drama. Discursos mediáticos sobre inmigrantes senegaleses en La Plata, en Juan Pablo Matta (comp.), *V Jornadas de Antropología Social del Centro: antropología social y mundos posibles en transformación*, Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, pp. 1613-1633.

Falcón Aybar, M. y Bologna, E. (2013). Migrantes antiguos y recientes: Una perspectiva comparada de la migración peruana a Córdoba, Argentina, *Migraciones internacionales*, N°7 Vol.1, pp. 235-266.

Flores, J. (2008). Fronteras porosas: el caso de México y Estados Unidos, *Revista Enfoques*, N°8, pp. 173-191.

Galante, M. A. (2008). La construcción de políticas migratorias en tiempos de transición y consolidación del primer peronismo: del nacionalismo racista a la planificación económico – social y la promoción de la inmigración, *Imago Mundi*, pp. 1-15.

- Inda, J. y Dowling, J. (2013). *Governing immigration through crime: a reader*, Stanford, CA: Stanford University Press.
- Jaramillo, S. (1999). Migraciones e interacción regional en Colombia, 1973-1993, *Territorios*, N° 1, pp. 95-117.
- Maffia, M. (2010). Una contribución al estudio de la nueva inmigración africana subsahariana en la Argentina, *Cuadernos de antropología social*, N°31, pp. 7-32.
- Magliano, M. y Perissinotti M. (2020). La periferia autoconstruida: migraciones, informalidad y segregación urbana en Argentina, *Eure*, vol. 46, N° 138, pp. 5-23.
- Mallimaci, A. y Magliano, M. (2018). Mujeres migrantes sudamericanas y trabajo de cuidado en dos ciudades argentinas, *Odisea. Revista de Estudios Migratorios*, N° 5, pp. 108-134.
- Margulis, M. (1974). *Migración y marginación en la sociedad argentina*, Buenos Aires: Paidós.
- Martínez Laguardia, J. (2017). *Cuba en sus relaciones con el resto del Caribe. Continuidades y rupturas tras el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Cuba y los Estados Unidos*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Mezzadra, S.; Varela, A. y Cordero, B. (coords.) (2019). *América Latina en Movimiento. Migraciones, límites a la movilidad y sus desbordamientos*, Ciudad de México Tinta Limón.
- Nieto, C. (2014): *Migración haitiana a Brasil: Redes migratorias y espacio social transnacional*.
- Pedemonte, N. Amode, N. y Vásquez, J. (2017). "Migración haitiana hacia Chile: origen y aterrizaje de nuevos proyectos migratorio". En N. Pedemonte, y J. Koechlin (eds.), *Migración haitiana hacia el sur andino*, Santiago de Chile, Chile: OBIMID, pp. 65-172.
- Perissinotti, M. (2019). De humillación y respetabilidad. Trayectorias laborales y experiencias políticas de mujeres migrantes en la ciudad de Córdoba, *Dossier migraciones y trabajo. Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, N° 6, pp. 1-25.
- Rosas C. y Mera G. (2021). "Informalidad". En Jiménez Zunino, C. y Trpin, V. (coords.) *Pensar las migraciones contemporáneas*, Libro digital EPUB, pp. 181-190.
- Ruiz Lagier, V. y Varela Huerta, A. (2020). Caravanas de migrantes y refugiados en tránsito por México: el éxodo de jóvenes hondureños que buscan, migrando, preservar la vida, *EntreDiversidades*, N° 1, vol.

7, pp. 92-129.

Sayad, A. (2010). *La doble ausencia. De las ilusiones del emigrado a los padecimientos del inmigrado*, Barcelona: Anthropos.

Sillió, R. (1998). "Aspectos socio-históricos sobre la inmigración haitiana a la república dominicana". En: *La república dominicana y Haití frente al futuro*. Santo Domingo: FLACSO.

Stefoni Espinoza, C., Lube Guizardi, M., y González Torralbo, H. (2018). La construcción política de la frontera. Entre los discursos nacionalistas y la "producción" de trabajadores precarios, *Polis*, vol. 17, N° 51, pp.137-162

Trabalón, C. I. (2018). Política de visado y regulación de las fronteras. Un análisis desde la movilidad de haitianos en Sudamérica, *Polis Revista Latinoamericana*, N° 51, pp. 163-186.

Trabalón, C. I. (2019). Estrategias de movilidad, visados y fronteras: Trayectorias de haitianos y haitianas hacia la Argentina, *Estudios Fronterizos*, vol. 20, pp.1-23.

Trabalón, C. I. (2020). Violencia estatal, control fronterizo y racialización: experiencias de haitianos y haitianas en aeropuertos de Argentina, *Historia y Sociedad*, N° 39, pp. 155-183.

Urigüen Moreano, H. (2005). Las implicaciones del conflicto interno colombiano para las fronteras de Ecuador, Perú, Brasil y Venezuela, 2000-2005, *Iconos*, N°24, pp. 161-170.

Valero Martínez, M. (2020). La frontera colombo-venezolana: escenarios de conflictos, *Revista Nueva Sociedad*, N° 289, pp. 95-106.

Varela Huerta, A. et. al. (2020). *Necropolítica y migración en la frontera vertical mexicana. Un ejercicio de conocimiento situado*, México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.

Varela Huerta, A. (2019). México, de "frontera vertical" a "país tapón". Migrantes, deportados, retornados, desplazados internos y solicitantes de asilo en México", *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, N° 27, pp. 49-76.

Varela Huerta, A. (2019). Caravanas de migrantes en México: nueva forma de autodefensa y transmigración, *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, N° 122, pp. 163-185.

Hacer la revolución en América Latina: sobre las experiencias históricas de radicalización política (S. XX y XXI).

Carys Alfonzo, Guadalupe Yriart Daghero

En función de los debates historiográficos y teórico-políticos de los últimos años, proponemos aproximarnos a la pregunta por el carácter particular de la revolución en América Latina. Para ello, recorreremos los diversos procesos de emergencia popular, radicalización política, democratizaciones y transformaciones profundas que tuvieron lugar a lo largo del siglo XX y primeras décadas del siglo XXI, a partir de la propuesta de análisis de Emir Sader (2009). En su texto *El desafío teórico de la izquierda latinoamericana*, el sociólogo brasileño expone un balance histórico articulado en torno al despliegue de tres tipos de estrategias políticas ensayadas por parte de las izquierdas latinoamericanas. En esta revisión, el autor problematiza y pone en tensión un conjunto de polos dicotómicos que le permiten distinguir las diferentes experiencias analizadas: 1) lo eurocéntrico vs. las particularidades del contexto, 2) la reforma y la revolución y 3) las perspectivas leninistas o gramscianas en torno a las concepciones de Estado y sociedad civil. Sader lleva un registro de las rupturas y continuidades de estas tensiones a lo largo del periodo analizado, observando cómo se van reactualizando y adaptando a las sucesivas coyunturas, así como a las diferentes realidades nacionales. En ese marco, aquellas tensiones aparecen como desafíos coyunturales a resolver en la marcha misma de los procesos transformadores. La riqueza de estas experiencias reside, según él, en el acumulado resultante de la práctica concreta de las izquierdas latinoamericanas.

Aunque es retomada en el análisis general, la primera experiencia de radicalización política y social que vive el continente en el siglo XX no constituye en sí misma un objeto de análisis para Sader. Sin embargo, la Revolución Mexicana, adelantada a la propia Revolución Rusa, fue el primer proceso nacional de la región que expresó los planteos de cambio social profundo como solución a las injusticias inherentes a la modernización capitalista. El historiador Alan Knight hizo una relectura crítica de las perspectivas marxistas que intentaron dejarla fuera de la historia de las revoluciones, proponiendo una redefinición de la categoría a la luz de la experiencia histórica tal y como sucedió, en oposición a la “segregación a priori de los movimientos rebeldes/revolucionarios con base en un solo criterio impuesto y exagerado: el de

la posición ideológica.” (1984, pp. 51) Su visión descriptiva propone que la conjunción de la movilización autónoma de masas, un programa de carácter popular y un enfrentamiento directo al sistema político establecido, constituyen tres elementos característicos de todo fenómeno revolucionario, presentes también en la experiencia mexicana.

En el periodo transcurrido entre 1930 y 1970 se desplegó un primer ciclo revolucionario moderno de la región. De acuerdo a Sader, la estrategia hegemónica de esta fase fue aquella representada por los movimientos nacional-populares que se plasmaron en los gobiernos de Getulio Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, Juan D. Perón en Argentina, el Movimiento Nacional Revolucionario en Bolivia, entre otros. Incluso aquí puede ubicarse una segunda variante con la presidencia de Salvador Allende en Chile. Sus proyectos fueron posibles gracias a la reconfiguración del sistema mundial, abierta con la crisis de 1930 y consolidada con la segunda guerra mundial. Para América Latina, las nuevas condiciones de inserción internacional supusieron un largo periodo de expansión de las economías nacionales, mediante la puesta en marcha de la Industrialización por Sustitución de Importaciones. La ISI fue implementada por Estados fuertemente reguladores que promovieron un modelo de bienestar social. Así, aunque la industrialización latinoamericana se dio bajo hegemonía de las estructuras agrarias o mineras concentradas para la exportación, lo cierto es que la puesta en marcha de la ISI posibilitó el crecimiento de los sectores obrero-industriales, las capas medias urbanas y del mercado interno de consumo. Como explica Sader, el objetivo político que se desprende de estas experiencias nacionalistas fue una transición hacia sociedades industriales, democráticas y nacionales mediante el establecimiento de una alianza interclasista, como etapa previa a la construcción del socialismo. La base del bloque político populista estuvo constituido por la burguesía nacional, las capas medias y los trabajadores. Desde la perspectiva de la clase trabajadora y la izquierda, era una alianza subordinada al empresariado nacional. A su vez, en el programa que desplegaron las distintas experiencias se expresaba que el contrincante político en general estaba constituido por los sectores latifundistas y los actores aliados al imperialismo nortamericano. Para Sader, independientemente de contar con el apoyo de grupos socialistas o comunistas, los gobiernos nacional-populares fueron los que en mayores oportunidades ocuparon efectivamente el espacio de la izquierda en el campo político (2009, p. 153).

Fue recién con la Unidad Popular chilena que estos grupos clasistas protagonizaron una experiencia de gobierno. Por otro lado, el gobierno de Salvador Allende constituyó el primer caso mundial donde se planteó una transición pacífica al socialismo: “Era una estrategia de transición institucional, sin rupturas, que pretendía incorporar, fortalecer y ampliar las estructuras democráticas existentes. Buscaba democratizar las relaciones económicas y sociales,

aumentando el peso regulador del Estado mediante la nacionalización de las empresas básicas y el control de la remesa de lucros hacia el exterior” (Sader, 2009, p. 153). El programa de la Unidad Popular expresaba una ruptura con el etapismo característico de la otra variante y pretendía avanzar en una fuerte apuesta por expropiaciones, nacionalizaciones y control estatal de los resortes económicos nacionales, mientras la puesta en marcha de la transición institucional se topó con las propias características del Estado. El gobierno de Allende no propuso modificar las estructuras estatales, ni construir bases de poder por fuera de ellas. La consecuencia más dramática de esto fue el golpe militar de 1973, que expresó el agotamiento de esta primera estrategia en su versión más avanzada. La crisis del petróleo a mediados de los setenta y la reestructuración capitalista cerraba un periodo histórico y, con él, esta primera estrategia de la izquierda latinoamericana.

Sader plantea que a partir de la Revolución Cubana de 1959 se observa un segundo momento dentro de las estrategias de las izquierdas latinoamericanas. Aunque las luchas armadas cuentan con una considerable lista de antecedentes previos, la experiencia cubana abre un nuevo camino que las luchas armadas van a llevar a cabo en los países de América Latina en el siglo XX. Se trata de la renombrada “guerra de guerrillas”. La insurrección armada pretendía hacer frente a la hegemonía de Estados Unidos y a la proliferación de dictaduras auspiciadas por la Doctrina de Seguridad Nacional impulsada por el polígono. La estrategia armada pretendió ser adaptada en diversos países como Guatemala, Venezuela, Perú, Bolivia, Argentina, Brasil, Uruguay, México, República Dominicana y El Salvador. Sin embargo, en su gran mayoría estas experiencias fracasaron como consecuencia de la dificultad que implicaba la repetición de los supuestos básicos de la guerra de guerrillas tal como había sido practicada y teorizada en Cuba. Un acontecimiento que, por sus características particulares dado su contexto geográfico, social, político y cultural, era incapaz de asegurar similar triunfo en los demás países de la región. En el marco de la hegemonía neoliberal, caracterizada por la mercantilización de la vida colectiva, con la privatización de recursos y bienes públicos, Sader observa como fue emergiendo una nueva estrategia, que pretendía salvaguardar los derechos conquistados en los periodos previos y ahora se veían amenazados en materia de educación, salud, empleo formal, servicios, etc. Así, la tesis central del autor gira en torno a la importancia de la participación de las fuerzas antineoliberales en la esfera política para el desarrollo de nuevas estructuras de poder, de nuevas formas posneoliberales de articulación gubernamental nacional, en un intento por superar la tesis de la autonomía de los movimientos sociales y la idea de “cambiar al mundo sin tomar el poder” que confinaba la lucha social a ámbitos no estatales, dejando baldío el terreno de la lucha político-electoral. Es el caso de los zapatistas de México, los piqueteros argentinos y, hasta cierto punto, los movimientos indígenas ecuatorianos. Pero hubo otro conjunto de casos como el

de Bolivia a mediados de los noventa, donde los sindicatos y federaciones campesinas junto a las organizaciones indígenas comenzaron a construir herramientas políticas propias, por fuera de las estructuras partidarias tradicionales. También es el caso de las organizaciones urbanas y rurales en Venezuela, donde hubo una articulación de la lucha social con la política. Como resultado de esta bifurcación en las estrategias de lucha revolucionaria, los movimientos antineoliberales tuvieron diferente capacidad de incidencia en la configuración del mapa político latinoamericano para la etapa posterior a la crisis del ciclo neoliberal⁹.

Más recientemente, ya en el contexto de pérdida de hegemonía del campo progresista en el continente, el pensador y ex vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia, Álvaro García Linera, expuso una serie de logros históricos de este ciclo de impugnación al neoliberalismo. Entre ellos menciona: la consolidación democrática, manifestada en la proliferación y politización de sectores sociales populares y clases subalternas; la redistribución de riquezas y reducción de las desigualdades; la participación activa del Estado en la economía y la creación de nuevas clases medias (Linera, 2006, p. 20). Es decir, se pretendió fortalecer mecanismos y bases materiales a partir de las cuales se pudiera sostener un mundo multipolar que, para nada exento de conflictividad, colocara en el debate público la construcción de alternativas al capitalismo en el terreno político, económico, cultural, social e internacional.

El retorno de la derecha neoconservadora a los países latinoamericanos puso sobre la mesa nuevamente la necesidad de revisiones autocríticas por parte de las direcciones en torno a las debilidades de los gobiernos progresistas y revolucionarios: “En política y, en general, en todas las luchas de las clases sociales, las acciones del adversario no son las únicas que explican los resultados finales, a saber, alguna victoria, sino que son nuestras propias acciones o inacciones, las acciones de las clases y los sectores laboriosos, las que convierten las agresivas acciones del adversario en concisión eficiente, produciendo un tipo de resultado favorable a unos y contrario a otros.” (Linera, 2016, p. 12).

Por su parte, Maristella Svampa (2017) con su libro *Del cambio de época al fin de ciclo*, plantea que, si bien en el germinar de muchos gobiernos progresistas se ha garantizado una fuerte conciencia de derechos y oportunidades para poder construir nuevas orientaciones de cambio simbólico, cultural y político, paralelamente se hace evidente, en este escenario gubernamental e institucional, el déficit existente en la praxis política. Una insuficiencia derivada, en gran medida, del intento por reproducir fundamentos teóricos, dogmas y principios,

9) Sobre este tema, ver el apartado “El escenario latinoamericano en disputa: crisis del Neoliberalismo y emergencia de gobiernos populares a comienzos del Siglo XXI (1999-2019)”

incapaces de solventar las condiciones materiales específicas de cada realidad y contexto.

Bibliografía

García Linera, A. (2016). Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias. En E. Sader et. al. *Las vías abiertas de América Latina*. Buenos Aires: Octubre Edit.

Knight, A. (1986). La Revolución mexicana, ¿burguesa, nacionalista, o simplemente “gran rebelión?”, *Revista Cuadernos Políticos*, 48, pp. 5-32 Disponible en: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.48/48.3.AlanKnight.pdf>

Sader, E. (2009). *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. Capítulo 4: El desafío teórico de la izquierda latinoamericana. Buenos Aires: CLACSO-Siglo XXI, pp. 107-184

Svampa, M. (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo. Gobiernos progresistas, extractivismo y movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa.

Fuentes y recursos sugeridos

“El diálogo de América” de Álvaro Covacevich, 1972. Documental que registra el encuentro del expresidente chileno, Salvador Allende, con el líder de la Revolución cubana, Fidel Castro, en una entrevista realizada por Augusto Olivares en noviembre de 1971. Disponible en: <https://www.educ.ar/recursos/112243/el-dialogo-de-america>

“Revoluciones I, episodio 4: Revolución mexicana” de Canal Encuentro. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=qOTUa0r2L_8

“Comentarios sobre el libro *Repensar la Revolución mexicana*”. Entrevista a Alan Knight. Colegio de México, 2014. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=ut9p2P1pAAk>

Álvaro García Linera y Étienne Balibar. Conversatorio: Globalización, revolución y hegemonía. Universidad de Columbia, 2017. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=ogN3kCFFqps&t=749s>

“Orígenes del Movimiento Obrero Argentino y Estrategias Políticas”. Archivo de las Izquierdas Rosario, 2017. Charla-debate con Alejandro Belkin Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=fvkEvJc3Bw8>

“La situación de las democracias en América Latina y el Caribe”. Conferencia magistral a cargo de Álvaro García Linera. Centro de Estudios Avanzados-Facultad de Ciencias Sociales UNC, 2020. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=qYoDXO0c894&t=1062s>

Formas de Integración Regional: el MERCOSUR

Gonzalo Ghigginio

El estudio del Mercosur no escapa al análisis histórico de la integración latinoamericana, ya que es resultado de procesos previos que se fueron desarrollando desde los años sesenta. La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) fue el primer intento regional que, tras su disolución, dio paso a la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) en 1980. En este marco regulado por la ALADI, a partir de 1985 Argentina y Brasil comienzan un proceso de integración gradual y productiva que, con la incorporación de Uruguay y Paraguay en 1991, darán inicio al Mercosur.

Desde entonces el debate se ha centrado en el modelo de integración que requiere el bloque. Durante los años noventa, un modelo de regionalismo abierto se implementó en el bloque en consonancia con las políticas neoliberales del momento. Para algunos teóricos como Andrés Malamud, el Mercado Común del Sur (Mercosur) fue un éxito durante los primeros siete años, entre 1991 y 1998, a los que define como los años dorados, ya que el comercio intrabloque se triplicó a la par que aumentaron las exportaciones hacia otros países. Señala que, en la base del fracaso del bloque económico está la baja interdependencia, ya que todos los miembros tienen como principal socio comercial a un país ajeno al Mercosur.

Esta discusión se ha profundizado durante el último tiempo, producto de la profunda crisis que atraviesa el bloque. Ello ha puesto de relieve las vulnerabilidades de un modelo de integración hiper presidencialista, donde la falta de coincidencias entre los principales países solo ha generado más tensiones. Desde la academia se discute si es necesaria una refundación, y de qué tipo. En este sentido, el estudio se ha fundamentado en distintas teorías, como la teoría de la dependencia, el estructuralismo latinoamericano, el neo institucionalismo, y el neoliberalismo entre los más destacados. Estas corrientes de estudios fueron ganando terreno acorde al contexto de época; así, la corriente neoliberal estuvo en boga durante los años noventa, mientras que la corriente estructuralista y de la dependencia lo estuvieron durante los años dos mil y dos mil diez.

Si la crisis que afectó al bloque durante los años 1998 a 2002, dio por terminada la hegemonía neoliberal como dogma teórico y dio paso la hegemonía analítica del estructuralismo

y la teoría de la dependencia, la crisis de hoy, sin embargo, no parece dar inicio a ninguna teoría analítica como hegemónica. En cambio, la crisis actual del bloque ha fomentado un intenso debate a nivel académico. La diferencia con la crisis anterior radica en que esta última fue gestándose desde principios de los años dos mil diez, y se hizo evidente con los cambios de gobiernos en Brasil y Argentina. Es posible afirmar, en todo caso, que el carácter presidencialista es una característica permanente del bloque, y hoy por hoy es uno de los principales temas de discusión.

Es relevante destacar que, cuando hablamos teorías o escuelas, éstas no siempre están representadas por exponentes de los estudios de la integración regional. De esta manera, cuando se hace referencia a la hegemonía neoliberal se destacan referentes de los estudios de economía y comercio internacional que, principalmente, promovieron el regionalismo abierto. Tanto la teoría estructuralista como la teoría de la dependencia, abogaban por un bloque más cerrado basado en la protección de la producción local y el fomento del comercio intrabloque. Como se argumentó, la discusión trasciende al bloque, y el debate se centra en los modelos productivos en cuestión, y ello incluye al modelo para el bloque.

Más allá de que la discusión trascienda al Mercosur, desde un primer momento es posible encontrar estudios y autores dedicados específicamente al bloque. Para el caso, Monica Hisrst merece una mención especial ya que es una de las académicas que ha dedicado muchas de sus obras a las problemáticas y perspectivas de la integración, en especial el Mercosur. También Roberto Bouzas ya desde los años noventa y durante los dos mil, fue protagonista en los estudios del bloque. Más recientemente encontramos también, autores como Mercedes Botto, Delia del Pilar Otero, Miryam Colacrai, el citado Andrés Malamud, Julián Kan y Rodrigo Pascual, entre otros, que desde diferentes perspectivas realizan un gran aporte a los estudios sobre el Mercosur

***En el link institucional del Mercosur <https://www.mercosur.int/> se pueden consultar documentos, convenios, actas, entre otros. Sugerimos la lectura del Tratado de Asunción de 1991 para la constitución del Mercado Común del Sur, el Protocolo de Ouro Preto de 1994 sobre su estructura institucional, el Protocolo de Ushuaia de 1998 sobre compromiso democrático, el Protocolo de Olivos de 2002 para la solución de controversias, el Protocolo de Asunción de 2005 sobre el compromiso con la promoción y la protección de los DDHH, y el Protocolo Constitutivo del Parlamento del Mercosur de 2005.**

Bibliografía sugerida

Botto, M. (2017). Un análisis crítico de las teorías hegemónicas de la integración regional para entender el regionalismo latinoamericano. *Realis*, 7(1), pp. 77-99.

Botto, M. (2017). El Mercosur y sus crisis: análisis de interpretaciones sobre el fracaso de la Integración regional sudamericana. *Estado & comunes*, 2(5), pp. 155-176

Bouzas, R. y Fanelli, J. (2001) Mercosur: integración y crecimiento, Buenos Aires: Fundación OSDE-UNSAM.

Colacrai, M. (2006). La marcha de la integración en América Latina. El rol de las ideas, instituciones y políticas en el Mercosur. En A. Borón y Lechini, G. (Comp.) *Política y movimientos sociales de un mundo en hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

De La Balse, F. (2000). El destino del Mercosur: Entre la unión aduanera y la integración imperfecta, *Reunión anual de la Asociación de Bancos de la Argentina (ABA)*, Buenos Aires.

Ferrer, A. (2006). Instituciones, democracia e integración regional. En J. Pinto (Coord.) *Instituciones, democracia e integración regional en el Mercosur*. Buenos Aires: Bononiae Libris.

Hirst, M. (1993). Avances y desafíos en la formación del Mercosur. En Bouzas R. (editor). *Los procesos de integración económica en América Latina*. Madrid: CEDEAL.

Hirst, M. (1992). "Condiciones y motivaciones del proceso de integración y fragmentación en América Latina", INTAL N° 175, Buenos Aires, Abril.

Hirst, M. (1996). La dimensión Política del Mercosur: actores, politización e ideología, *Nueva Sociedad* N° 146, Noviembre-Diciembre.

Kan, J. y Pascual, R. (2013). *Debates sobre las relaciones internacionales y la integración regional latinoamericana y europea*, Imagomundi, Buenos Aires.

- Lavagna, R. (1998). *Argentina Brasil Mercosur: Una decisión estratégica*, Editorial Ciudad Argentina, Buenos Aires.
- Lorenzo, F. y Osimani, R. (2003). *Las negociaciones del Mercosur con el ALCA y los Estados Unidos*, Red de Investigaciones económicas del Mercosur (Red Mercosur), Serie Biref, Julio, Buenos Aires
- Malamud, A. (2011). Conceptos, teorías y debates sobre la integración regional, Norteamérica. *Revista Académica del CISAN-UNAM*, vol. 6, núm. 2, julio-diciembre,, pp. 219-249
- Malamud, A. (2013). El Mercosur. Misión cumplida, *Revista SAAP* Vol. 7, N° 2, noviembre, 275-282.
- Minvielle, S. (1994). “Elementos históricos para una periodización del proceso de diferenciación-integración Argentina-Brasil”. En Laurelli, E.; Rofman, A.; Ciccolella, P. y Yanes, L. (1994) *Integración Latinoamericana y Territorio. Transformaciones socioeconómicas. Políticas y Ambientales en el Marco de las políticas de ajuste.*, Ed. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y CEUR, Buenos Aires.
- Movaro, H. (1997). “las Instituciones del Mercosur”, Documento de trabajo N° 3, 1997, CIDELA, KAS, Bs. As.
- Otero, D. (2007). *Integración Latinoamericana: Ciclos en la construcción de un proyecto fundacional*, Alción Editora, Córdoba .
- Oyarzun, L. (2007) “Instituciones del Mercosur”, en *Procesos de Integración en América Latina*, Instituto de ciencias políticas, Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Paikin, D. (2005). “Legitimidad, soberanía y democracia. Debates abordados en torno al parlamento del Mercosur”, *XIV Jornadas de Jóvenes investigadores de la AUGM*, UBA, Buenos Aires.
- Schvarzer, J. (2002). Un bloque exitoso en crisis El Mercosur y un socio demasiado grande, *Revista Nueva Sociedad* N° 162, Buenos Aires.
- Sierra, G. (2001). “El Mercosur como proceso multidimensional y como estudiarlo desde las ciencias sociales” en Sierra, Gerónimo (comp.) *Los rostros del Mercosur el difícil camino de lo comercial a lo societal*, CLACSO, Buenos Aires.
- Simancas, F. (1999). La Integración Argentino-Brasileña y EL Mercosur, *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, Vol. V, No. 1 (ene-jun).

El escenario latinoamericano en disputa: crisis del Neoliberalismo y emergencia de gobiernos populares a comienzos del Siglo XXI (1999-2019)

Carys Alfonzo, Mauro Berengan, María Gabriela Rhó

El presente escrito busca dar cuenta de la compleja realidad socio-política que se abrió en nuestra región con la crisis que tuvo lugar entre fines del siglo XX y principios del XXI. Repasaremos, para ello, las miradas y diagnósticos más difundidos en el ámbito del pensamiento crítico especializado. Apuntaremos a generar una caracterización de conjunto respecto de las distintas alternativas políticas que se pusieron en marcha, tomando como punto de partida el inicio del gobierno de Hugo Chávez en el año 1999, y como cierre el golpe de Estado a Evo Morales en el 2019.

La nueva etapa política suscitó un intenso y prolongado debate en relación con su caracterización, que se extiende hasta la actualidad. A pesar de la multiplicidad de enfoques que se elaboraron, fue la noción de *posneoliberalismo* (Sader, 2009) la que tuvo mayor difusión, tanto en el campo de las discusiones teóricas especializadas como en el debate político. Se trató, asimismo, de la categoría que suscitó mayores controversias. En este sentido, otras lecturas buscaron matizar y problematizar la idea de superación del neoliberalismo implicada en el uso del “pos”, tanto por la permanencia en los nuevos gobiernos de aspectos característicos de la etapa neoliberal (por ejemplo la profundización del extractivismo), como por el surgimiento de nuevos espacios políticos neoliberales que llegaron al poder pasada la primera década del siglo XX. Diversos estudios apuntan a resaltar y focalizar dichas continuidades en la región, y en visualizar el modo en que el neoliberalismo se renueva y configura en una multiplicidad de proyectos políticos alternativos (Modonesi, 2017; Puello Socarrás, 2015; Gago, 2014). Encontramos, por otro lado, lecturas que apuntan a cierta distinción entre los gobiernos progresistas, señalando que la etapa abierta tras la crisis neoliberal tampoco puede ser

considerada en términos homogéneos, sino en clave situada según las diferentes estrategias políticas puestas en juego y las características propias de cada país (Borón, 2008; Félix, 2011b; Katz, 2016). A diferencia de quienes sostienen el énfasis en marcar un quiebre de conjunto, Claudio Katz sugiere la presencia de distintas alternativas en marcha para resolver las crisis orgánicas de los sistemas políticos. Como consecuencia, el escenario latinoamericano configurado en los albores del siglo XXI fue uno de carácter heterogéneo, donde los gobiernos de signo popular que proliferaron se diferenciaron entre sí y coexistieron con otro tipo de salidas políticas “por derecha”. Esquemáticamente es posible vislumbrar, desde esta perspectiva, dos conjuntos de gobiernos populares que se agrupan bajo dos campos de institucionalidad en el ámbito de las relaciones latinoamericanas: por un lado aquellos países que apostaron al proyecto del ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas), y por el otro aquellos que confluyeron en torno al MERCOSUR (Mercado Común del Sur).

En el ALBA llegaron a participar varios países centroamericanos como Nicaragua, Honduras y Haití, así como algunas pequeñas islas caribeñas como San Vicente y las Granadinas. Pero los actores centrales de la alianza fueron Cuba, Venezuela, Ecuador y Bolivia bajo los gobiernos de Fidel y Raúl Castro, Hugo Chávez, Rafael Correa y Evo Morales, respectivamente. Para el periodo referido, fueron las últimas tres experiencias las que llevaron adelante los procesos de cambio más profundos en el continente. Cabe mencionar, en este sentido, las experiencias constituyentes que, mediante elección de representantes y aprobación popular, reemplazaron las viejas constituciones nacionales, incluyendo aspectos novedosos como los derechos de la naturaleza, el poder electoral como un poder distinto a los tres tradicionales, y la plurinacionalidad de los Estados (De Souza Santos, 2010; Gargarella 2018). En segundo lugar, impulsaron las nacionalizaciones de empresas estratégicas que alcanzaron niveles mucho más elevados que en los otros países. En tercer lugar, en el plano de las relaciones internacionales, el posicionamiento crítico y de ruptura abierta con los Estados Unidos y la Organización de Estados Americanos (OEA). En cuarto lugar, el despliegue de una narrativa identitaria de corte revolucionario que evocaba, en algunos casos, un discurso anticapitalista y con horizonte en la construcción de un proyecto socialista del siglo XXI (Katz, 2016). Por último, en estos casos se vieron los mayores esfuerzos por transferir recursos y poder político, y por generar condiciones para la organización activa de los sectores populares, especialmente visible el caso de las comunas venezolanas (Lander, 2008; Iturriza, 2016).

En el segundo bloque encontramos a aquellos países nucleados en el MERCOSUR, los cuales mostraron mayores continuidades con los gobiernos neoliberales, aunque también realizaron importantes cambios en el plano del desarrollo económico y el esquema redistributivo

(Stoessel, 2014). Se trata fundamentalmente de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina, Lula Da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, Tabaré Vázquez y José Mujica en Uruguay, así como Fernando Lugo en Paraguay. Aunque en este bloque también es posible reconocer heterogeneidades ligadas a los recorridos particulares de cada caso, en general estos gobiernos incrementaron la participación del Estado en la economía mediante controles de cambio de divisas, barreras comerciales que protegieron la industria local, aumentos impositivos a las exportaciones, nacionalizaciones y estatizaciones parciales, y aumentos significativos del gasto público que permitieron salir de la pobreza a millones de personas en toda la región. Sin embargo, no se produjeron aquellos aspectos de refundación constitucional y del Estado, así como el despliegue de cambios más profundos en la economía, como los casos de las nacionalizaciones venezolanas o bolivianas que incluyeron incluso la participación obrera, el empoderamiento activo de los sectores populares, o las construcciones discursivas antiimperialistas, revolucionarias o socialistas. Por el contrario, se establecieron vínculos con los sectores neoliberales y los partidos tradicionales, incluyendo tanto personalidades como medidas regresivas propias del ciclo anterior en sus programas. Ello no implica, claro, que no haya habido puentes entre los gobiernos progresistas de la región, intercambios comerciales entre los bloques, programas comunes, y especialmente una revalorización de la identidad latinoamericana frente al “americanismo” estadounidense, generando hitos como el No al ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) en 2005, y marcos institucionales como la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños.

Como mencionamos arriba, no todas las alternativas de salida a la crisis del neoliberalismo tuvieron un sentido progresista, nacional-popular o revolucionario. Claudio Katz (2016) también pone el énfasis en casos como los de Perú, Colombia y Chile, que sostuvieron fuertes continuidades con el periodo previo, con gobiernos de centro-derecha que impulsaron abiertamente las políticas de apertura, desregulación y privatización de la economía. Otro caso paradigmático es el de México que, hasta diciembre del año 2018, continuó con gobiernos de neta extracción neoliberal.

Del mismo modo, la superación del neoliberalismo que implicaba la noción “posneoliberal” mostró sus límites al producirse un nuevo auge de las derechas neoliberales en la región, fundamentalmente a partir del año 2015, pero con importantes acontecimientos previos como los “Golpes blandos” en Honduras en 2009 y en Paraguay en 2012. El triunfo de Mauricio Macri en Argentina y de la oposición parlamentaria venezolana en 2015; el Impeachment que derivó en la destitución de Dilma Rousseff en 2016 y el posterior triunfo de Jair Bolsonaro, previo encarcelamiento del favorito en las encuestas Lula Da Silva; y las derrotas electorales

plebiscitarias de Evo Morales en Bolivia y del Referéndum Por la Paz en Colombia, también en 2016, son algunos acontecimientos que marcaron un quiebre en el ciclo (Thwaites Rey, 2020). En un comienzo se caracterizó a la reacción a partir de la noción de “nuevas derechas” (Giordano, 2014), que implicaba la idea de fuerzas más moderadas que aceptaban el juego democrático, pero con el pasar de unos pocos años se produjo una marcada radicalización de las posturas reaccionarias, atacando postulados democráticos básicos, organizaciones y pactos internacionales históricos de occidente, y recurriendo a discursos abiertamente antipopulares, racistas y xenófobos para la captación de adherentes. Es preciso aclarar que se trata de una tendencia mundial, y que el triunfo de Donald Trump en Estados Unidos fue crucial para este impulso, y por ello estos agrupamientos tienen presencia, con menor o mayor éxito, en toda la región. De esta forma, el golpe de Estado contra Evo Morales en 2019 pareció significar el socavamiento definitivo de una serie de acuerdos de gobernabilidad democrática, pues se trató de un golpe tradicional con intervención de actores clave de la extrema derecha, acudiendo a discursos fundamentalistas religiosos y racistas como el de Fernando Camacho, y con un decisivo protagonismo de las Fuerzas Armadas en la destitución.

Así, se abre la discusión sobre las lecturas de los acontecimientos más recientes. Mientras algunos plantearon la idea de “fin de ciclo progresista” (Svampa, 2017), hay quienes sostuvieron que se trataba de un momento de repliegue momentáneo (García Linera, 2016). El hecho es que los proyectos de derecha no lograron estabilizar una nueva hegemonía, abriendo paso a importantes levantamientos populares como los experimentados en Ecuador y Chile, así como al regreso de gobiernos de corte nacional y popular, como los casos de López Obrador en México, Alberto Fernández en Argentina y Luis Arce en Bolivia. Es posible visualizar, entonces, un continente en disputa, donde lograr la estabilización de proyectos hegemónicos se ha convertido en una tarea muy difícil en el marco de una crisis económica y de representatividad, ampliada por la coyuntura pandémica del Covid-19.

Bibliografía utilizada

Borón, A. (2008). *El socialismo del Siglo XXI*. Buenos Aires: Ed. Luxemburg.

De Sousa Santos, B. (2010). *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*. Perú: Instituto Internacional de Derecho y Sociedad.

Féliz, M. (2011). Neoliberalismos, neodesarrollismos y proyectos contrahegemónicos, *Suramérica, Revista Astrolabio, Nueva época*, 7, pp. 238-265.

García Linera, A. (2016). ¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias?, en Sader, E. (coord.) *Las vías abiertas de América Latina*. Caracas: CELAG. pp. 9-48. Disponible en: <https://www.celag.org/wp-content/uploads/2017/06/las-vias-abiertas-para-web.pdf>

Gargarella, R. (2018). Sobre el nuevo constitucionalismo latinoamericano, *Revista Uruguay de ciencias políticas*. Vol 27 N° 1, 109-127.

Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática neoliberal*. Buenos Aires: Ed. Tinta Limón. Disponible en: <https://tintalimon.com.ar/libro/la-raz%C3%B3n-neoliberal/>

Giordano, V. (2014). ¿Qué hay de nuevo en las nuevas derechas?, *Revista NUSO*, N° 254. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/que-hay-de-nuevo-en-las-nuevas-derechas/>

Iturriza López, R. (2016). *El chavismo salvaje*. Guarenas, Venezuela: Ed. Trinchera. Disponible en: <https://drive.google.com/file/d/10r3InhBZReM3ll6VbfMDakKUsSpzh6ev/view>

Katz, C. (2016). *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*. Buenos Aires: Batalla de Ideas.

Modonesi, M. (2017). *Revoluciones pasivas en América*. México: Ed. Ítaca.

Lander, E. (2008). Venezuela. Izquierda y populismo: alternativas al neoliberalismo, en Chávez, Daniel; Rodríguez Gavarito, Cesar y Barret, Patrick: *La nueva izquierda en América Latina*. Madrid: Ed. Catarata.

Puello Socarrás, J. (2015). Neoliberalismo, antineoliberalismo, nuevo neoliberalismo. Episodios y trayectorias económico-políticas Suramericanas (1973-2015), en: Rojas Villagra, L. (Comp.) *Neoliberalismo en América Latina. Crisis, tendencias y alternativas*. Asunción, Paraguay: CLACSO, pp. 19-28.

Sader, E. (2009). *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Buenos Aires: Siglo XXI, CLACSO.

Stoessel, S. (2014). Giro a la izquierda en América Latina del siglo XXI. Revisitando los debates académicos, *POLIS Revista Latinoamérica*, N° 39, pp. 2-18. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5751650>

Svampa, M. (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo. Gobiernos progresistas, extractivismo y movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires-Edhasa. pp. 145 a 162.

Twahites Rey, M. (2020). Estados en disputa. Auge y crisis del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina (1999-2019), en Puello Socarrás, J. (ed.) *Contra Nuestramérica. Estrategias de la derecha en el siglo XXI*. Buenos Aires-CLACSO. pp. 131-145. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20200320011351/Contra-Nuestra-America.pdf>

Fuentes y recursos sugeridos

La Revolución no será transmitida. Power pictures, 2002. Documental sobre el golpe de Estado a Hugo Chávez en 2002. Disponible en: <https://youtu.be/gY2CaFMaw5E>

Declaración de la Campaña Continental contra el ALCA. 1º Foro social de las Américas. Quito, 28 de julio 2004. En Revista OSAL N° 15, CLACSO. pp. 298-299

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20110308110958/osal15.pdf>

Del Estado Aparente al Estado Integral. Discurso de Álvaro García Linera en el acto de posesión presidencial. La Paz, 22 de enero de 2010. Disponible en:

<https://redalforja.org.gt/mediateca/wp-content/uploads/2018/08/Del-Estado-aparente-al-Estado-integral.pdf>

Presidentes de Latinoamérica. Canal Encuentro, 2020. Serie documental sobre la historia reciente de América Latina con eje en las biografías de les mandataries presidenciales. Disponible en:

<http://encuentro.gob.ar/programas/serie/8107/1554?temporada=1>

El renacimiento de la Patria Grande, a 10 años del NO al ALCA. INCAA-Televisión Pública, 2015. Documental que recupera el rechazo conjunto a los tratados de libre comercio que proponían los EEUU. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=5UZYZZobgw4>

Historias debidas: Adriana Guzmán. Canal Encuentro, 2020. Capítulo documental sobre el último golpe de Estado en Bolivia a través del relato de una referente del feminismo comunitario. Disponible en: <https://youtu.be/wLercTyNDvk>

